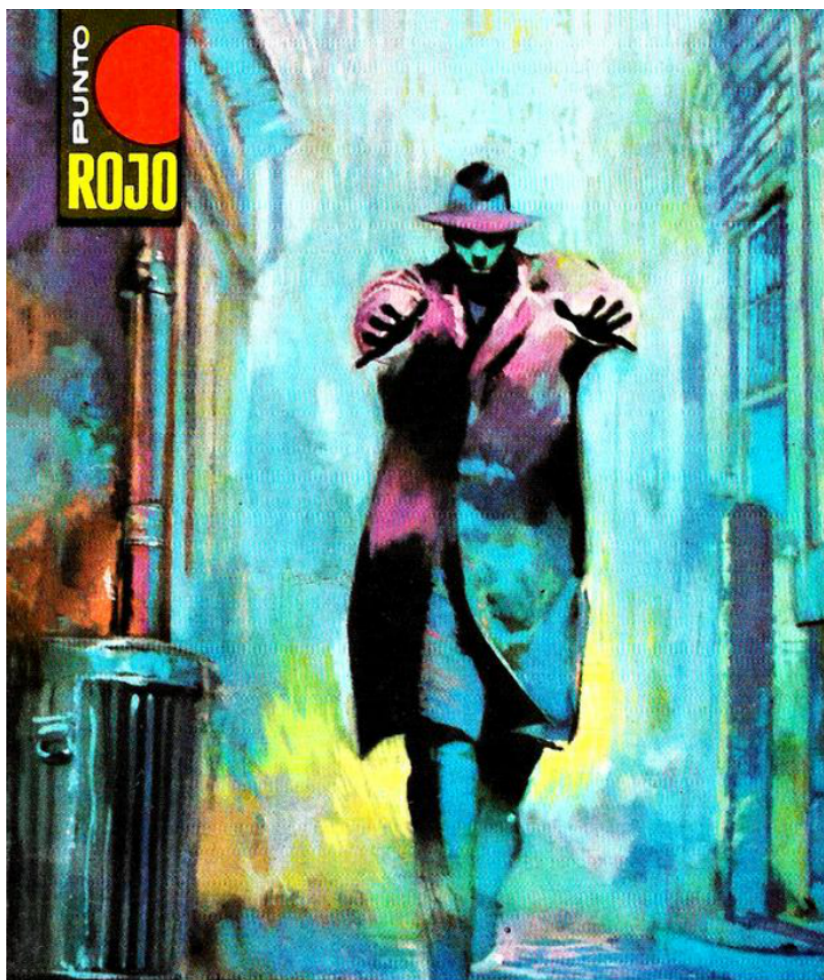


PUNTO

ROJO



B&B

DETRAS DE LA NIEBLA

silver kane

DETRAS DE LA NIEBLA

SILVER KANE

**DETRAS
DE LA NIEBLA**

**1.ª EDICIÓN
ENERO - 1963**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ**

DEPOSITO LEGAL B 25051-1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE-1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5919/62.

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

784 — Canción para los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

610 — Ataúd B-4.

En Colección BUFALO:

420 — La dama negra.

En Colección TEXAS:

329 — La casa de los 7 ahorcados.

En Colección CALIFORNIA:

315 — Miss muerte.

En Colección COLORADO:

208 — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

210 — Tres diablos y medio.

En Colección ASES DEL OESTE:

182 — Blancanieves y los siete pistoleros.

En Colección BRAVO OESTE:

67 — El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

34 — Una dulce muerte.



Detrás de la NIEBLA

por **SILVER KANE**

CAPÍTULO PRIMERO

TRES ESCENARIOS

PRIMERO

—¡Soltadme! —aulló la mujer—. ¡Soltadme, perros!

Los dos hombres la estrecharon todavía más, empujándola al fondo de la maleza. Uno de ellos le tapó la boca.

Lorna quiso gritar otra vez, pero ya no pudo.

Le parecía increíble todo lo que estaba sucediendo. Tenía la sensación de estar viviendo un sueño.

En efecto, era increíble que a menos de media milla de la gran ruta nacional número 20, la que va de Bourg *Madame* a París, pudiera estar ocurriendo una cosa semejante. Desde lo alto de los árboles hubiera podido verse la ciudad de Pamiers, y los miles y miles de coches que circulaban por aquella carretera. Pero ella no estaba en lo alto de los árboles, sino en el fondo de la maleza. Ninguno de los conductores que pasaban a tan poca distancia de allí podía oírla porque uno de aquellos hombres le tapaba férreamente la boca.

Lorna fue arrojada al suelo. Su vestido se alzó y sus hermosas piernas quedaron al descubierto. El espectáculo no era cualquier cosa, porque Lorna, aparte de tener quizá las piernas más bonitas de Londres, las llevaba enfundadas aquella mañana en unas medias que habían costado nada menos que cincuenta francos nuevos en el más elegante comercio de París.

Pero a los dos hombres, por lo visto, aquello no les interesaba.

—Hay que acabar pronto —dijo uno de ellos con rudo acento alemán—. Pueden descubrirnos.

El otro dejó de tapar la boca de la muchacha, pero fue para

golpearle de canto en los labios y en los dientes. Los labios de Lorna se partieron, dejando sobre la hierba húmeda un rastro de sangre, y dos de sus bonitos dientes saltaron al primer impacto.

Lorna quiso gritar otra vez y sólo pudo emitir un ronquido.

Aquellos dos tipos sabían pegar bien, a pesar de que ya no eran jóvenes. Debían tener unos cuarenta años, y en sus antebrazos aún llevaban tatuada la marca que durante la guerra distinguió a los verdugos de las SS alemanas. Lorna se dio cuenta de que estaba perdida.

Intentó arrastrarse, hacer algo para salir de allí.

Uno de los hombres le pegó un puntapié en el costado.

—¿Dónde está Andreiev? ¡Habla! ¡Habla o te desharemos a golpes!

—No... lo sé.

—¡Tú le has ocultado! ¡Tú sabes bien dónde está! ¡Dilo o vas a pedir mil veces que te matemos!

—Tendréis que matarme porque... no sé nada.

Los dos hombres estaban nerviosos, porque oían desde allí el ruido de los motores de los coches que pasaban por la número 20. En la curva casi todos cambiaban de marcha, y la variación en el régimen de motores producía un ronquido que parecía llenar el aire.

A uno de los dos hombres le temblaba la mandíbula.

—¡Habla! ¿Cuándo viste por última vez a Andreiev?

—Hace... una semana.

—¿Dónde?

—Cerca de aquí. En el «Hotel du Lac».

—Hemos pasado por allí y Andreiev hace seis días que marchó. ¿Hacia dónde? Tú le buscabas un refugio. Dinos dónde está y te dejaremos con vida.

—Le busco... igual que vosotros. No sé dónde está. Desapareció del «Hotel du Lac» sin decirme nada.

—¡Atízale, Karl!

El llamado Karl, un tipo con aspecto de gorila, descargó otro puntapié en el flanco de la muchacha. Supo que con sólo aquel golpe le produciría la muerte, tal vez, porque sobrevendría una hemorragia interna. Pero su rostro denotaba una total indiferencia cuando golpeó otra vez... Había matado a muchas mujeres así

cuando era uno de los oficiales del campo de exterminio de Auschwitz. Y habían pasado diecisiete años desde entonces, pero cuando veía a una víctima bajo sus pies aún tenía la sensación de que el tiempo no había transcurrido, de que volvía a ser el SS con el uniforme negro y la calavera plateada en la gorra.

La muchacha se estremeció y quedó inerte.

Karl extrajo la pistola con silenciador. Al otro le seguía temblando la mandíbula.

—¿Qué hacemos?

—La chica no debe saber nada. Lo habría soltado ya.

—Cualquier gendarme puede detenerse en la curva. ¡Hay que hacer algo!

Karl apuntó a la cabeza de la muchacha.

—Claro que hay que hacer algo. ¡Esto!

—Descubrirán la bala y...

—No temas; la bala es de fabricación francesa. Y ocurra lo que ocurra con el proyectil, peor sería dejarla a ella con vida, porque nos delataría y estamos fichados también en Francia. Apártate, podría llegarte alguna salpicadura.

Hizo fuego. La sangre no manchó a ninguno de los dos. Tampoco, se oyó la detonación, sino solamente un ligero taponazo.

—Vamos.

Los dos hombres salieron poco a poco del espeso bosque. Karl había guardado la pistola. Daban la sensación de dos automovilistas que se habían bajado a estirar las piernas un rato.

El coche de Lorna, un «Panhard P. L. 17» azul, estaba estacionado en la cuneta. Era un coche más bien feo, pero sobrio y capaz de alcanzar grandes velocidades. Una de sus ruedas posteriores estaba reventada.

—También ha sido suerte —dijo Karl.

—¿El qué?

—¿Te parece poco? Esperarla aquí con la pistola preparada en uno de los bolsillos, dispararle a la rueda posterior y acertarla cuando no pasaba nadie. Ha sido bien difícil. Iba a más de ciento diez por hora.

—Pero no nos ha servido de nada.

—Es igual. Encontraremos otra pista.

Los dos hombres rodearon el coche y sacaron la rueda de

recambio. Karl puso el gato bajo el chasis, mientras su compañero desatornillaba la rueda inservible. En aquel momento se acercó un policía motorizado.

—¿Reventón?

—Sí —Karl intentó dulcificar su acento alemán—. Por poco nos matamos. Menos mal que ha sido una rueda posterior.

—¿Necesitan ayuda?

—Gracias, nos arreglaremos solos. Es sencillo.

El motorista dio gas a su máquina.

—*Bon voyage*.

Los dos asesinos se afanaron en colocar la rueda. Tenían prisa en alejarse cuanto antes de allí, porque apenas a doscientos metros, en el bosque, estaba el cadáver de Lorna. Ambos se daban cuenta de que el gendarme podía identificarlos cuando el cuerpo fuese descubierto. La buena suerte nunca es eterna.

Pero no era eso lo que preocupaba a los dos asesinos.

—¿Dónde infiernos se habrá metido Andreiev? —preguntó Karl en voz baja—. ¿Dónde estará ahora...?

SEGUNDO

La comarca que se extiende al pie del Col de Paymorens, entre Foix y Saint Giróns, hasta llegar cerca de Lourdes, es hermosa, pero sombría y llena de misterio.

A finales del siglo pasado se levantaron allí lujosos balnearios, chalets de recreo para el verano y hoteles donde los burgueses de París iban a descansar del ajetreo de sus vidas. Con la última guerra la comarca no sufrió, pero la mayor parte de los edificios —precisamente los más lujosos— fueron quedando anticuados. Las ventanas solemnes adquirieron un tinte sombrío, y tras los cristales, al anochecer, parecieron espiar rostros de seres que ya no existían. Las enredaderas lo cubrieron todo. En la comarca, muy húmeda, abundaban los lagos y los ríos de agua quieta, sobre cuya, superficie se reflejaban los árboles. Mirando esos lagos siempre se tiene la sensación de que una mano crispada ha de brotar por última vez de las aguas, antes de hundirse en ellas para siempre.

Claro que eso es sólo una sensación. Luego uno piensa que allí no ha de ocurrir nada...

Sin embargo, en una de aquellas casas sí que ocurría.

Tacatlac, Tacatlac, Tacatlac...

La ventana golpeaba rítmicamente al compás del viento. Que descargaba ráfagas de lluvia.

Tacatlac, Tacatlac, Tacatlac...

A cada nuevo golpe, las hojas de la enredadera parecían estremecerse. La ventana había estado cerrada cuidadosamente, pero la aldaba era vieja y las ráfagas de viento habían terminado por hacerla ceder. Cada vez que la ventana —provista de gruesas cortinas— se abría por unos momentos, era visible el interior de la habitación.

La visión duraba sólo unos segundos.

Nadie se acercaba a la casa, que estaba separada de la carretera por unos quinientos metros. Había un caminito, pero la maleza lo había casi borrado ya. El edificio estaba rodeado de espesos árboles.

Tacatlac. Tacatlac. Tacatlac...

El rítmico golpeteo parecía el del propio tambor de la muerte.

Por la ventana, en los pocos segundos en que estaba abierta, se veía el cadáver.

Estaba en pie.

Lo habían sujetado mediante una correa al pomo de una puerta y permanecía así, sin caer, como si mirase a través de la ventana.

Llevaba unos seis días muerto.

Su piel ya no tenía color. Los labios casi habían desaparecido. Sus ojos abiertos eran ya apenas dos manchas grises que iban desapareciendo también.

El cadáver estaba cubierto por un trate claro de buen corte, que hubiere parecido irreprochable de no estar atravesado aún por el puñal que había perforado por la espalda el corazón del hombre.

En el bolsillo superior de la americana había un pañuelo bien doblado con una sola inicial.

Esa inicial era «A».

TERCERO

El tren se deslizaba velozmente por la orilla del lago. Estaba llegando a Foix. Al frente casi se distinguía ya el famoso castillo que

dominaba la ciudad entera.

En el departamento de primera, clase con que terminaba el último vagón viajaban sólo tres personas: dos mujeres y un hombre.

Los tres tenían algo de notable incluso para el espectador más distraído.

Una de las mujeres era muy joven, pues debía tener apenas veintiún años. Era algo pálida, de cabellos color rubio, labios finos y bien dibujados, busto juvenil, pero muy erguido, y figura atrayente, aunque ésta no se podía apreciar en su totalidad porque llevaba las piernas cubiertas por una manta.

La otra mujer era algo mayor, aunque no mucho. Debía tener unos treinta años. Estaba, pues, en esa edad en que una mujer es de veras tentadora si se propone serlo.

Iba vestida con ropas oscuras, calzaba zapatos de alto tacón y usaba medias de primera calidad. Su pelo de color castaño claro estaba peinado hacia atrás y recogido en un moño sobre la nuca. Resultaba una mujer impresionante para cualquiera, pero como había dicho desde el principio que era casada, el hombre que iba sentado frente a ella se había abstenido de mirarla.

En cuanto al hombre, o sea al tercer pasajero, también tenía muchas cosas notables. Quizá la más importante, era la sensación de fuerza y agilidad felina que daba con el más pequeño de sus gestos.

Se adivinaba en él al hombre entrenado para la lucha, pero no para la exhibición en un *ring*, sino para la pelea a muerte en cualquier habitación secreta.

Debía tener unos veintiocho años y tenía también los cabellos color castaño claro, como la mujer que se sentaba frente a él. Sus ojos eran de un extraño color verde-gris, y sus puños hubieron podido compararse con los del reciente campeón mundial Sonny Listón. Pero, pese a todo ello, el rostro del hombre no reflejaba brutalidad, sino reflexiva inteligencia.

La mujer de treinta años, la que estaba sentada frente a los dos, levantó los ojos de la revista que estaba leyendo.

—¿De modo que van a Lourdes? —preguntó—. Entonces seguramente cambiarán de tren en Foix.

—Sí —dijo el hombre.

—No sé si me tomará por una indiscreta, pero ¿qué enfermedad

incurable padece su esposa? Porque es su esposa, ¿no?

—¡Oh, no! Solamente es una alumna.

—¿Una alumna? ¿De qué es usted profesor? Porque con esos puños supongo que no se dedicará a enseñar música.

—Soy profesor de gimnasia.

—¡Ah...!

Mientras sonreía, la mujer extrajo un cigarrillo y lo encendió antes de que el hombre pudiera darle fuego.

—¿Y qué clase de gimnasia —preguntó— enseña usted, a la señorita?

—Intentaba que se recuperase de los efectos del reuma articular que padece, y que la va privando de movimiento poco a poco. Yo me dedico a la gimnasia reeducativa, es decir, que mis alumnos son casi siempre heridos o enfermos. Desgraciadamente, en el caso de la señorita Taylor he fracasado.

—¿Señorita Taylor? ¿Son ustedes americanos?

—Sí.

—¿Y dice que ha fracasado en sus métodos? ¿El reuma de la señorita Taylor ha seguido haciendo progresos?

—Desgraciadamente, sí. Por eso ha querido ir ella a Lourdes. Comprendo que ningún ser humano tiene derecho a exigir milagros en su beneficio particular, pero, aunque el milagro no se produzca siempre es beneficioso ese testimonio de fe.

—Claro —dijo la mujer mientras exhalaba una bocanada de humo.

Pero se adivinaba que estaba pensando en otra cosa.

—Yo soy francesa —dijo de pronto—, aunque he vivido muchos años en Centroeuropa. Me llamo Colette. ¿Y usted?

Miraba fijamente al hombre.

—Ramsay —dijo él—. Ted Ramsay.

—¿También americano?

—De Brooklyn.

Ella le envolvió en una mirada que quería decir muchas cosas. Muchas cosas que en el fondo eran una sola.

—Lástima que yo sea una mujer casada —musitó.

—Debe alegrarse de serio. Así no corre peligros.

—¿Usted cree?

Cabalgó una pierna sobre la otra. Era la primera vez que lo

hacía. Los ojos del hombre no se movieron.

—Voy a reunirme con mi marido —susurró—. Hace un año que no le veo.

—¿Se dedica su marido a viajar?

—Sí. Es vendedor de maquinaria de precisión. Representa a varias firmas alemanas y checas y viaja por toda Europa.

—Debería usted acompañarlo. No es conveniente que viaje sola una mujer tan bonita.

—Gracias por el cumplido.

—Yo no digo cumplidos digo verdades.

Selica Taylor, que no había despegado los labios aún, miró a Ted con ojos ligeramente húmedos.

—Estamos llegando —susurró.

En efecto, a la derecha se veía el castillo y los rojos tejados que parecían trepar hasta él. El río rebrillaba tristemente entre la niebla, que parecía querer aplastar los dos torreones de la fortaleza.

—Le deseo que encuentre bien a su esposo, señora —dijo Ted Ramsay poniéndose en pie—. Después de un año casi no van a conocerse.

—¡Oh, sí! Mi esposo es ruso, y los rusos no abundan en Francia. Se llama Andreiev, ¿no se lo he dicho?

—No. Ni creo que tampoco me dedique nunca a comprar maquinaria de precisión —sonrió el hombre.

—¿Sabe qué clase de maquinaria de precisión vende mi esposo? —preguntó suavemente ella.

—Pues... tomos para relojería, por ejemplo.

—Se equivoca. Vende armas.

Colette descruzó las piernas y añadió con suavidad:

—Por eso no le acompaño. No me acaba de gustar su trabajo ni las gentes con las que trata. Aunque él es un hombre distinguido y elegante, eso sí. Siempre lleva trajes irreprochables y un pañuelo con la inicial de su apellido. Esa inicial, como ustedes habrán supuesto, no puede ser otra que la letra «A».

CAPÍTULO II

EL PENTÁGONO, WASHINGTON

Nadie hubiese dicho que aquel hombrecillo tímido, pequeño, de modales suaves, fuese un verdugo.

Cualquiera que le hubiese visto entrar en el despacho del coronel Ruggles, en el Pentágono, hubiese creído que era un visitante recomendado que iba a pedir un favor. Y, sin embargo, nada más inexacto. Aquel hombre, «Quick» Barness, había ejecutado ya a más de doscientas personas. Su oficio era matar.

Le llamaban «Quick» porque era rápido. Otros le llamaban «Bloody», o «Sangriento», porque nunca había podido evitar que los hombres a los que ejecutaba en la horca sufriesen una tremenda hemorragia en el instante de morir.

Cuando golpeó con los nudillos en la puerta del despacho del coronel, hubiérase dicho que tenía miedo.

—Adelante —dijo una voz femenina.

La secretaria que estaba sentada tras la mesa metálica, frente a la puerta, se encontró de pronto con los ojos de serpiente del hombrecillo. No supo lo que le ocurría. Instintivamente se estiró la falda.

—Perdón —susurró «Quick» Barness.

Se quitó el sombrero y quedó quieto ante la muchacha, como un empleadillo que aguarda una reprimenda.

—¿Qué desea? —preguntó la secretaria, sin querer mirar sus ojos.

—Ver al coronel Ruggles. Estoy citado con él.

—¿Se llama...?

—Barness, «Quick» Barness, señorita. Para servirla.

—Voy a anunciarle.

La secretaria manejó un interfono y anunció la visita. El coronel Ruggles dijo que dejasen pasar a «Quick» y que nadie, absolutamente nadie, les molestara hasta nueva orden.

—Gracias por su amabilidad, señorita. Muchas gracias.

Ella le siguió con la mirada, mientras de una forma instintiva continuaba estirándose la falda.

El coronel Ruggles era un tipo alto, fino, sinuoso, astuto. También tenía ojos de serpiente, y en realidad había estado haciendo de serpiente durante toda su vida. Adscrito a los servicios de Espionaje del Ejército desde que salió de West Point, su existencia había estado íntegramente dedicada a decir mentiras y a descubrir mentiras.

—Siéntese, Barness —dijo.

—Gracias, señor, muchas gracias.

—Seguramente le sorprenderá que le haya llamado, ¿verdad?

—Sí, coronel. Hacía dos años que no realizaba ninguna misión para el Servicio Secreto.

—¿Qué tal le va por la Prisión Federal de Oklahoma?

—Poco trabajo, señor. Pocas ejecuciones. Ahora el mundo es muy aburrido. Yo siempre digo que sí los verdugos no trabajamos no sé a dónde iremos a parar.

—Ahora tendrá ocasión de actuar como verdugo, «Quick».

—¿Dónde señor?

—En Francia.

El hombrecillo bizqueó levemente.

—Siempre me ha gustado Francia, señor. Hermosas mujeres, buen vino y un notable número de hombres guillotinado al cabo del año. Pero yo me pregunto para qué hace falta allí un verdugo especializado en la horca, si lo que se emplea en Francia es la guillotina. ¿Tal vez hay que despachar a algún militar norteamericano convicto de asesinato?

—Usted fue ayudante de verdugo en Núremberg, ¿verdad?

—Sí, señor, y vi morir a los principales gerifaltes del III Reich. Luego ahorcamos también allí a docenas de hombres de las SS.

—Ahora va a intentar matar a gentes parecidas, «Quick» —dijo reflexivamente el coronel Ruggles.

—«¿Intentar?». ¿No es seguro?

—No, ni mucho menos. Puede que ellos le maten a usted.

—Explíqueme de qué se trata.

El coronel extrajo una pipa y la encendió lenta y cuidadosamente.

—En el fondo es sencillo —dijo, mientras expelía las primeras bocanadas de humo—. Se trata de buscar a un hombre a quién usted conoce. Se trata, de Andreiev. ¿Recuerda a Andreiev, el ruso que estuvo condenado a muerte por espionaje?

Los ojillos de serpiente del verdugo brillaron.

—Claro que sí, señor. ¿Cómo no iba a recordarlo? Yo tenía que ejecutarle y le visité varias veces. Nos hicimos amigos. Jugamos al ajedrez muchas veces y siempre me ganó. Decía que había sido discípulo del propio Alekhine. Cuando hubo aquel jaleo diplomático y se le tuvo que dejar en libertad, me alegré sinceramente.

El coronel Ruggles extrajo una carpeta y la puso ante los ojos del hombrecillo.

—Aquí está todo lo que ha sido de Andreiev desde que salió de la prisión. Deberá usted estudiar este expediente en un despacho que se le designará y devolvérmelo antes de la noche. Como verá, Andreiev se dedicó a la venta de armas, e hizo magníficos negocios en Cuba y en Argelia. Si antes era un espía ruso, ahora se convirtió en un hombre independiente que no obedecía las leyes de ningún país. Se casó para poder adoptar mejor la posición de un hombre honorable, pero en realidad estaba en contacto con los bajos fondos de media docena de países europeos. Gracias a un diplomático poco escrupuloso, llegó a adquirir a bajo precio el plano completo de nuestras instalaciones de cohetes en todo el mundo. Para los técnicos de su antigua patria, aquello valía millones de rublos.

—¿Por qué, señor? ¿No se cambian con frecuencia esas bases?

—Prácticamente son inamovibles. Han sido situadas en lugares cuidadosamente elegidos, y todas las que se hallan en países extranjeros pudieron organizarse después de laboriosos tratados diplomáticos. No es posible cambiarlas de la noche a la mañana sólo porque un posible enemigo esté en situación de conocer su emplazamiento. Lo que hay que lograr a toda costa es que el enemigo no llegue a conocerlo.

—Pero si Andreiev ya ha vendido ese secreto...

El coronel Ruggles hizo un gesto negativo, mientras depositaba la pipa sobre la mesa.

—Andreiev no ha vendido su secreto aún —explicó—, hemos vigilado cuidadosamente a todos los agentes rusos que pudieron haberse puesto en contacto con él, y estamos seguros de que ninguno ha llegado a hablarle. Andreiev, por alguna razón que todavía no conocemos, está oculto. Quizá espera a que vaya subiendo el precio de su mercancía. Quizá teme que los rusos le consideren un traidor y lo eliminen en cuanto le pongan el ojo encima a riesgo de quedarse sin el plano.

—¿Y está oculto en Francia?

—Precisamente. Lo último que sabemos es que merodeaba por el Sur, por la zona comprendida... —Se puso en pie y señaló con la boca de la pipa un gran mapa situado tras su mesa y que ocupaba todo un panel de pared— entre Foix, Lourdes, Pamiers y Angulema. Ese cuadro es la zona, de trabajo de usted, «Quick». Debe encontrar a ese hombre y matarlo antes de que se ponga en contacto con los agentes secretos de cualquier país.

—Comprendo.

—No es eso todo, «Quick».

—¿Ah, no?

—Los rusos tienen interés en encontrar a Andreiev, en parte para darle su merecido, pero también hay otros que tienen muchísimo interés en encontrarlo: Los alemanes.

—¿Qué clase de alemanes?

—Los de la zona occidental, naturalmente. Hay allí muchos elementos nazis que no cuentan con el apoyo del Gobierno, pero que son tolerados. Puesto que su doctrina consiste en excitar el sentimiento militar alemán, y los alemanes se entusiasman en cuanto alguien les habla de matar, ese partido crece y progresa. Sabemos que un grupo especializado de sus hombres, antiguos elementos de las SS buscan también a Andreiev. Quieren arrancarle su secreto no a fuerza de dinero, sino a fuerza de torturas. Si Andreiev cae en sus manos, pedirá mil veces la muerte.

—Pero ¿para qué quiere ese grupo alemán un secreto de tal importancia?

—Por dos razones. Pueden quererlo para proceder a su venta, en cuyo caso obtendrían fondos que les son muy necesarios para propaganda. Pueden quererlo también porque su posesión les otorgaría una gran importancia en el caso de una próxima guerra.

Se inclinarán por los rusos o por los occidentales, lo que no se sabe aún, obligarían a unos o a otros a reconocer al partido nazi, con todas sus consecuencias. Tendríamos otra vez en el poder la doctrina de Hitler.

—Eso sería horrible...

—Por ello la misión que se le encomienda es de tan decisiva y tremenda importancia.

—¿Y por qué me han elegido a mí? El

F. B. I.

y el

C. I. A.

tienen docenas de agentes expertos. Yo sólo soy un verdugo que ha hecho para el Gobierno un par de trabajos sin importancia. ¿Por qué yo?

—Porque su oficio es matar.

«Quick» Barness quedó un momento con la boca abierta, como si fuera a decir algo. Luego respiró con fuerza. «Su oficio es matar». Aquella frase le gustaba, cuerno.

Ruggles prosiguió:

—Tiene que encontrar a un hombre a quién conoce y eliminarlo del mundo de los vivos. Y además ha de hacerlo silenciosamente, sin dejar huella, puesto que actuará en país extranjero y en ningún momento podrá contar con la ayuda de nuestra Embajada. Usted es el mejor estrangulador que hay en los Estados Unidos, «Quick». Sé que si se le da un pedacito de cuerda es capaz de estrangular a la estatua de la Libertad. Por eso se le envía con esta sola orden: Encuentre a Andreiev y estrangúlelo. Acabe con él sin dejar huellas. Si el procedimiento le parece algo ilegal le diré para tranquilizarle que hace seis meses, y a raíz de otro asunto de espionaje, Andreiev fue de nuevo condenado a muerte en rebeldía por un tribunal federal. Puede matarlo con la conciencia limpia.

«Quick» se puso en pie. Detrás de la mesa, parecía más pequeño e insignificante que nunca.

El coronel le tendió la carpeta.

—Estudie todos estos documentos, grábelos en su memoria y luego devuélvame el «*dossier*». Es completamente secreto y no puede salir del edificio. Esta misma noche despegue un avión para París. Tendrá pasaje reservado en clase Presidente Especial, y se le

entregará un pasaporte en regla junto con cheques de viajero por valor de quince mil dólares. A los ojos de todo el mundo será un turista más. ¿Entendido? Un turista bien forrado, de los que interesan a las «cocottes» francesas. Y ahora puede largarse, «Quick». Hemos terminado.

«Quick» Barness no se largó.

—Hay algunas otras cosas, coronal. ¿Cómo me comunicaré con usted?

—De ninguna manera. Yo no le he visto en mi vida. No tiene ninguna misión oficial. Si le pescan y va a la guillotina, allá usted, «Quick», amigo mío de mi alma. Yo me limitaré a verle en cuanto haya matado a Andreiev.

—¿Qué armamento llevo?

—Unos cuantos lazos de seda. Nada más.

«Quick» Barness se pasó la lengua por sus delgados labios. Su gesto fue exactamente el de una serpiente satisfecha.

—Algo más, coronel. ¿Cuánto cobraré por este trabajo, si salgo con vida?

—El presupuesto es de veinte mil dólares más.

—Una pequeña fortuna —sonrió el verdugo.

Y salió. Cuando ya estaba en la puerta, dijo el coronel:

—Mi secretaria le indicará un despacho vacío.

La secretaria seguía estirándose la falda, presa de una rara inquietud. Al mirarla «Quick», era como si la mirase un muerto. Sentía el frío subiendo por sus muslos hasta la espina dorsal.

—Acompáñeme —musitó poniéndose en pie.

Mientras «Quick» Barness la seguía, supo que estaba fijándose en el balanceo de sus caderas y en la costura de sus medias. Sintió un miedo horrible, irracional. Por su gusto hubiera lanzado un grito.

CAPÍTULO III

UN SENDERO ENTRE LA HIERBA

La mujer lanzó un gemido. En realidad, había querido lanzar un grito, pero en el último momento pareció como si fallaran las fuerzas.

La pequeña mancha de sangre estaba ante sus ojos, ya coagulada, sobre la hierba.

El techo saliente de un cobertizo había impedido que el agua de las recientes lluvias cayese sobre ellas, y así se había conservado. Era sangre, no cabía duda.

Al fondo, más allá del sendero, estaba la casa.

Se veía una ventana abierta, cuyas hojas eran batidas por el viento. El sonido era rítmico, obsesionante. Llegaba a convertirse en una pesadilla.

Tacatlac... Tacatlac... Tacatlac...

La mujer se detuvo.

A pesar de que era de día, a pesar de que el sol rebrillaba tímidamente sobre las montañas que dominan la ciudad de Foix, no se atrevía a avanzar un solo paso más.

Sus ojos estaban obsesionantemente ajos en aquella única ventana mal cerrada.

Tacatlac... Tacatlac... Tacatlac...

Cada vez que los batientes eran empujados hacia el exterior por el viento, se veía un rectángulo negro. Nada más. Era como si en lugar de una habitación se viese un pedazo de tumba.

Poco a poco, como si sus fuerzas no la obedeciesen, la mujer retrocedió por el sendero, rozando la hierba, hasta la salida de la finca.

Por la carretera, los coches pasaban a gran velocidad hacia

Pamiers, Toulouse, Montauban, Limoges... La gran ruta de París era un hervidero. Los «D. S. 19» y los «Peugeot 404» rodaban a ciento cincuenta. Uno no podía pensar allí en muertos ni mucho menos en cosas sobrenaturales.

La pesadilla pareció disiparse.

La mujer cruzó la carretera y entró en el modesto «2 CV», que había alquilado, a pesar de que en una ciudad pequeña como Foix casi no era preciso el coche. Rodó a poca velocidad hasta avistar el castillo. Cruzó el puente, aparcó y se introdujo en un café.

—Una copa de coñac —pidió—. Martel.

Apenas habían acabado de servirle cuando una mano le rozó levemente.

La mujer se volvió. Vio entonces los ojos de un extraño color verde-gris, los músculos poderosos del cuello, los puños que eran más grandes que los del propio Sonny Listón.

—Usted... —susurró—. Usted es Ted Ramsay.

—Y usted es Colette, no hay duda.

Ted sonreía. Hizo una seña al camarero para que le sirviera lo mismo que a la mujer.

—No esperaba encontrarla —confesó—. Ha sido una extraña casualidad.

—Yo, en cambio, celebro haberle encontrado a usted.

—¿Por qué?

—¿Dónde está su discípula? Me refiero a aquella hermosa muchacha llamada Selica Taylor. ¿No iban directamente a Lourdes?

—Sí, pero se ha sentido mal y hemos preferido dejar el viaje para dentro de un par de días. Ahora estamos en un hotel.

La mujer bebió su coñac casi de un trago. Luego tosió. Le quemaba la garganta.

—¿No podemos ir a un rincón más apartado? —musitó.

—Como quiera, Colette.

Se sentaron en un ángulo del café. A través de las vidrieras se veía a la gente que entraba y salía de la contigua Chambre de Commerce. Las personas se movían sin prisa, con esa tranquilidad propia de las pequeñas ciudades provincianas francesas.

Colette susurró:

—Es extraño... Todo esto me parece irreal. No sé por dónde empezar.

—¿Tal vez su marido...?

—Sí.

Ahora la mujer había vuelto a cruzar las piernas, en una discreta e involuntaria exhibición. El hombre no pudo evitar la tentación de mirarlas.

—¿Qué ocurre con su marido? —musitó—. ¿No es un ruso exilado que se llama Andreiev? Me dijo usted eso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué pasa con él?

Colette apretó los labios.

—Creo que lo han asesinado.

—¿Por qué dice eso? ¿Cómo lo sabe?

—Es una sospecha nada más. Pude haberla comprobado por mí misma, pero para eso hubiera tenido que entrar en la casa, y no me he atrevido.

—¿Qué casa?

Colette suspiró, mientras cruzaba y descruzaba las piernas nerviosamente y se producía un susurro indefinible al roce de sus medias de nylon.

—Mi marido había alquilado una casita cerca de aquí —explicó—. Yendo por la carretera hacia Pamiers, a la derecha. Pensábamos pasar juntos unas vacaciones de dos semanas. Foix es una ciudad tranquila, donde los nervios, parecen desalterarse, y la casa tiene un gran jardín donde nadie parece haber puesto los pies desde hace años. He ido a la casa, pero no se advertía la menor señal de vida en ella. Sobre la hierba, en un lugar protegido de las últimas lluvias, había una mancha de sangre.

—¿Y qué? Eso no significa nada.

—Una de las ventanas estaba a medio cerrar. El viento golpeaba los batientes una vez y otra.

—Tampoco eso significa nada.

—Ningún ser humano hubiera podido dormir allí, con ese golpeteo continuo. Cualquier persona hubiera cerrado la ventana, incluso por miedo a que la lluvia lo estropease todo.

—Eso le hace suponer que su marido no está en la casa, ¿verdad?

—Eso me hace suponer que no está vivo.

Ted Ramsay bebió también su copa de un solo trago.

—¿En qué pueda ayudarla, Colette?

—¿Usted sería capaz de...?

—¿De qué?

—De venir conmigo a la casa.

—Claro que sí. ¿Por qué no había de hacerlo? Así saldrá de esta estúpida duda.

—No veo que mi situación tenga nada de estúpida —dijo ella, con voz ligeramente ronca.

—Lo es, aunque le disguste pensarlo. ¿No se le ha ocurrido que su esposo puede no haber llegado todavía a la cita?

—No se me ha ocurrido por una sencilla razón; Mi esposo me escribió desde la casa que ahora vamos a visitar dándome las señas exactas. Estaba allí desde hacía ya casi una semana.

Ted palideció ligeramente, mientras tragaba saliva.

—Vaya, pues eso...

—Eso cambia las cosas, ¿no?

Ted se puso en pie y depositó tres francos nuevos sobre la mesa.

—Creo que el mejor camino es salir de dudas yendo a la casa —musitó—. Guíeme.

—Tengo un «Citroën 2 CV», en la puerta. Lo he alquilado hace poco. Le llevaré hasta allí.

Subieron al vehículo, y ella condujo en silencio. Tenía las rodillas apretadas nerviosamente, como una colegiala tímida. Cuando cruzaban el puente, estuvo a punto de estrellarse contra un camión.

Dobló hacia la izquierda.

—Es a poca distancia de aquí —dijo— pasado el *camping* que hay al otro lado de la carretera.

—No se preocupe por la distancia. Tengo tiempo.

Dejaron atrás la ciudad. Dos gendarmes en bicicleta se les cruzaron. También, se les cruzaron dos tipos de unos cuarenta años que iban en un «Panhard, P. L. 17» azul.

Las manos de Colette se estremecieron sobre el volante.

—¿Qué le pasa?

—Esos tipos...

—¿Los conoce?

—No. Es la primera vez que los veo en mi vida, pero sus ojos impresionarían a cualquiera. No tenían ojos de personas, sino de

bestias.

—Olvídelos. Por desgracia hay mucha gente así.

—Pero es que ellos me han mirado.

—Debe ser porque es bonita.

Y miró intencionadamente sus rodillas, para descargar la tensión. Ella se estiró la falda.

Llegaron a la casa.

El gran jardín daba la sensación de no haber sido tocado en muchos años, y apenas se distinguía el sendero que lo cruzaba, terminando en la puerta de la casa. La suspensión del «dos caballos» bailoteó al salir el coche de la carretera. Colette lo detuvo cerca del lugar donde había visto antes la mancha de sangre.

—Baje, por favor.

Ted descendió, y su mirada siguió la dirección del dedo índice de Colette. La mancha estaba allí. Se inclinó para examinarla.

—En efecto, es sangre —dijo, al cabo de unos instantes—. Pero la mancha no tiene nada de reciente. Lleva aquí, por lo menos una semana.

—Es lo mismo que he pensado yo.

—¿Tiene las llaves de la casa?

—No. Él había de abrirme.

—De todos modos, vamos allá.

Ted se puso en pie y avanzó en línea recta hacia la puerta. Viéndole andar se acentuaba aún más aquella sensación de felino peligroso que daba con cada uno de sus movimientos. Los brazos, terminados en poderosos puños, oscilaban al andar. Colette le miró con esa mirada que las mujeres ponen cuando algo les gusta en secreto, esa mirada que a los hombres casi nunca nos dejan ver.

Tanteó la puerta.

—Un empujón bastará —dijo Ted.

Tomó impulso y se lanzó contra la hoja de madera sin aparente esfuerzo. La cerradura cedió al segundo empujón. Un olor a humedad salió a su encuentro desde las entrañas de la casa.

—¿Se da cuenta? —susurró ella temblorosamente—. No ha sido habitada.

—Su marido, aunque haya estado aquí, no la habrá hecho limpiar seguramente. Y las casas cerradas conservan ese olor durante mucho tiempo.

Ted Ramsay entró. Sentía el cálido contacto de la mujer a su espalda, temblando. De pronto se volvió sin hacer ningún gesto. En la oscuridad, ella respiraba con fuerza.

De pronto le enroscó los brazos al cuello y le besó en la boca.

Sabía besar. Las mujeres de treinta años suelen saberlo.

—Eres muy impulsiva —musitó Ted—. No debes olvidar que eres asada.

—Soy viuda.

Ted Ramsay apretó los labios. El mundo de pesadilla en que de repente se había hundido, le impedía pensar con claridad. Cada una de las paredes de la casa, parecía en la penumbra la lápida de una sepultura. Llegó hasta la ventana mal cerrada.

Nada se veía allí, excepto dos cosas: Una gran mancha de agua en el suelo y una gran mancha de sangre en la pared.

—¿Lo ves? —musitó ella—. ¿Lo ves? Lo han matado.

La sangre estaba coagulada. Daba también la sensación de llevar allí una semana por lo menos.

Ted entrecerró los ojos.

—Puede que estés en lo cierto —reconoció—. Habrá que avisar a la gendarmería.

—No.

—¿Por qué no?

Estaba de nuevo frente a la mujer. Vio temblar sus labios.

—Porque la policía no podrá resolver nada. Andreiev mismo nos lo explicará todo. Él siempre dijo que cuando le matasen volvería.



Parecía imposible que aquello pudiera suceder

CAPÍTULO IV

EL ENIGMA

Ted susurró:

—Déjame conducir ahora a mí. Será más seguro.

En efecto, las manos de la mujer temblaban. Se advertía que era claramente incapaz de conducir el pequeño «2 CV», por la carretera donde los coches aullaban a ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Sí... Haz lo que quieras.

Ted Ramsay maniobró. Apenas había puesto las ruedas sobre el asfalto cuando oyeron los sonidos entrecortados de sirena que son típicos de los coches de la policía francesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colette.

Unos metros más allá, un gendarme les detuvo para que una camioneta negra pudiera maniobrar. Parecía la camioneta que transportaba la guillotina de un lado a otro de Francia, pero no lo era. Sin embargo, poca diferencia existía entre las dos; ésta era la camioneta del depósito de cadáveres.

Por entre la maleza avanzaban poco a poco cuatro gendarmes y dos paisanos transportando un bulto. Colette tembló.

—Es Andreiev. Lo han descubierto...

—No, no es él. Se trata de una mujer, y además una mujer joven. Han debido encontrarla asesinada entre la maleza.

—Cielos...

—Hay que tener calma. Vamos.

El gendarme exigía ahora que todos pasaran aprisa, una vez se había situado la camioneta. La riada de coches se dirigió hacia Foix. Ted detuvo el «Citroën» una vez pasado el puente, junto al mercado de la ciudad, y allí entraron en otro café.

Colette temblaba.

—Me temo que vas a tener que tomar otra copa de coñac —susurró él.

—Sí. Me hará falta.

Él encargó dos copas con una seña y luego se volvió hacia la mujer.

—¿Qué es esa cosa absurda que has dicho antes de que Andreiev volvería después de muerto?

—Él lo advirtió siempre.

—Los rusos son muy capaces de llegar a la luna, pero dudo mucho que alguno de ellos sea capaz de resucitar ni aunque Kroutchev se lo mande.

—Andreiev ya no era ruso; no tenía nacionalidad. Era de esos hombres que acuden dónde está el dinero.

—Lo cual le acredita como un vivo, no como un muerto.

—Tú has visto a la perfección que había sido asesinado.

—He visto una gran mancha de agua que había dejado allí las recientes lluvias, y he visto también una mancha de sangre que puede no ser de Andreiev. Incluso es posible que no sea sangre humana.

—Es suya, estoy segura.

—En tal caso denuncia su desaparecida a la policía. Es la única forma de lograr algo concreto.

—Andreiev mismo me explicará lo que le ha ocurrido.

Ted Ramsay se sentía inmenso otra vez en aquel mundo de pesadilla. Ya no estaba seguro de nada, ya no estaba seguro de que aquello fuese Foix, una pequeña ciudad provinciana. Oyendo hablar a Colette tenía la sensación de encontrarse en la antesala de un ignorado cementerio. Sintió que el nerviosismo empezaba a hacer presa en él.

—Pero ¿no dices tú misma que imaginas que está muerto?

—Por eso mismo estoy segura de verle.

—La única cosa real de todo esto —dijo él con voz ronca, deseando evadirse de aquel clima— es que sabes besar.

Colette se ruborizó levemente.

—¿Me perdonarás por haberlo hecho? No creas que soy una mujer fácil.

—Ya me he dado cuenta de eso. Besas bien, pero mantienes la distancia.

—Más la mantienes tú.

El clima irreal de unos minutos antes comenzó a disiparse. Ted Ramsay se dio cuenta de que estaba mirando las rodillas de la mujer. Se dio cuenta también de que Colette era endiabladamente perfecta, endiabladamente seductora y endiabladamente bonita.

De pronto un muchacho se acercó a ellos. Debía tener unos once años, y sin duda era uno de los que iban a la cercana escuela. Llevaba en la mano derecha un valioso encendedor de plata.

—*Madame...*

Colette alzó los ojos hacia él.

—¿Qué quieres, pequeño?

—Me han dado esto para usted, *madame*.

Depositó el encendedor sobre la mesa. Era antiguo, pero sólido y macizo. En la plata estaba grabada la letra «A». Colette lo miró con los ojos entrecerrados mientras palidecía intensamente.

—¿Quién te lo ha dado, pequeño? —preguntó con voz ronca al cabo de unos instantes.

—Un señor.

—¿Cómo... era?

—De unos cuarenta años, bien vestido. Estaba allí enfrente.

El pequeño señaló hacia el otro lado de la ancha calle, parecida a una Rambla de las ciudades mediterráneas. Colette se estremeció al darse cuenta de que el hombre a quien el pequeño se refería pudo desde allí haberles estado mirando.

Pero ahora el otro lado de la calle aparecía desierto.

Con mano temblorosa, Colette puso una moneda de un franco nuevo sobre la mesa.

—Necesito que hagas memoria, pequeño. Tienes que hacerla. ¿Qué te dijo ese hombre exactamente? Procura recordar palabra por palabra.

—Pues... Más o menos que viniera aquí y le diese este encendedor. Él los estaba viendo. Los señaló a los dos, pero más especialmente a usted, y dijo: «Tienes que dárselo para que me recuerde». Luego me entregó también un franco nuevo.

Colette le dio la otra moneda.

—¿Llevaba un pañuelo?

—Sí. Un pañuelo blanco en el bolsillo superior de la americana. Me fijé bien porque se lo tocó varias veces. En el pañuelo había

bordada una «A» muy grande.

Colette tragó saliva con lentitud.

—Toma, pequeño. Esta moneda es para ti.

El colegial se alejó. Ted se le quedó mirando mientras sentía otra vez clavada en su cráneo aquella horrible sensación de pesadilla. A su vez tragó saliva lentamente.

—Todo esto no tiene sentido —masculló.

—Lo tiene. Lo tiene, aunque no nos guste, Ted. Él siempre dijo que sus fuerzas llegaban hasta más allá de la muerte. Yo, a veces, pese a ser mi esposo, sentía al estar junto a él una inaguantable sensación de horror.

—Nadie tiene fuerzas que lleguen hasta más allá de la muerte.

—Andreiev sí. Explicaba a veces que se crió en Transilvania, en un viejo castillo de vampiros.

—¡Pero si esas cosas no han existido nunca!

—Andreiev se ponía furioso cuando alguien le decía eso.

—Tonterías.

Ted Ramsay se sentía malhumorado. Depositó sobre la mesa el importe de las dos copas de coñac y se puso en pie tras beber de un trago la suya. Colette le imitó.

—Debes hacer una cosa —dijo Ted suavemente—. Si nada especial te retiene aquí, márchate del sur cuanto antes. Veté a París, asiste a los espectáculos, emborráchate y baila si quieres sobre el pretil de un puente del Sena. Pero no vuelvas a pensar en esas tonterías. Cualquier día vas a encontrar a ese tal Andreiev, pero dispuesto romperte la cara si vuelves a besar a un hombre.

Colette le miró de una forma inconcreta, como si ambos estuvieran a mucha distancia uno del otro.

—Sí. Seguramente tienes razón. Nada de eso existe.

Tomó el encendedor y lo puso delicadamente en manos de Ted Ramsay.

—Guárdalo, ¿quieres?

—Mejor que lo conserves. Es tuyo.

—A mí me da miedo.

Ted lo guardó suavemente en uno de sus bolsillos.

—Como quieras.

—Adiós, Ted. Es posible que no volvamos a vernos.

—¿Irás a París?

—Tal vez.

—Guardaré un hermoso recuerdo de ti, Colette. Buen viaje.

La vio marcharse lentamente. Daba la sensación de una condenada a muerte que se encamina al cadalso.

Ted Ramsay no pudo evitar un estremecimiento.

En la gendarmería presentó el encendedor.

—He encontrado esto en la calle. Creo que es valioso y vengo a depositarlo, por si lo reclama su dueño.

El cabo lo examinó.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Cerca de Correos.

—¡Hum!

—¿Es que ocurre algo?

—Un hombre ha venido hace poco a denunciar su desaparición. Estaba seguro de que se lo habían robado.

—¿Un... hombre?

—Sí. Tendría que dejarme usted, sus documentos para tomar nota. Por el hallazgo tiene derecho a una recompensa.

—Sólo quiero saber una cosa. ¿Cómo se llama ese hombre?

El cabo consultó un libro-registro.

—Hum... A ver... Sí, aquí está. Ha dejado su nombre y dirección como es natural. «Hotel du Midi», de esta ciudad, habitación número 12. El hombre en cuestión era de ascendencia rusa. Se llamaba Vasil Andreiev.

CAPÍTULO V

EL HOMBRE QUE DECIDIÓ SEGUIR

Selica Taylor estaba junto al balcón que daba a la calle. Una luz gris y triste entraba por él, acentuando la palidez de la joven. Ésta tenía los ojos entornados.

Ted Ramsay entró, después de golpear discretamente con los nudillos en la puerta.

—Buenos días, Selica.

—Hola, Ted.

Los dos se miraron un momento con expresión extraña, como si de pronto se hubieran convertido en enemigos. Las facciones de la muchacha, sobre todo, estaban tensas.

Preguntó:

—Has estado con esa mujer, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Os he visto desde el balcón, mientras ibais en un «dos caballos» gris. Habéis pasado varias veces, entre ir y volver. Y has estado toda la mañana con ella.

—Sí, es cierto.

—Ted, tú ibas a casarte con mi hermana...

Los ojos femeninos brillaban como dos frías y muertas piedras preciosas. El hombre alzó la mirada y la contemplo por entre las suaves volutas de humo.

—Ted, tú ibas a casarte con mi hermana...

—Muy bien, ¿y qué? Tu hermana murió.

—No te gusta recordarlo, ¿verdad?

—No, no me gusta.

Ella se dejó caer suavemente en una de las butacas, junto al balcón. La luz gris arrancó hermosos destellos a sus cabellos

dorados. Juntó las manos y suspiró:

—Creo, de todos modos, que deberías recordarla. Que de un modo u otro deberías pensar en ella.

—¿Y quién ha dicho que no pienso?

—Esa mujer...

—Entre esa mujer y yo no hay nada. La he encontrado por casualidad. Buscaba a su esposo.

—¿Y tú le has ayudado a buscarlo...?

La voz de la muchacha era burlona. Ted Ramsay aplastó nerviosamente su cigarrillo en el cenicero.

—Puede que el marido de esa mujer haya sido asesinado, Selica.

—¿Estás seguro? ¿Habéis avisado a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Porque temo que el muerto se esté riendo de esa mujer, de Colette. Hay algo muy extraño en todo esto.

Ella se levantó, acercándose. Sus labios temblaban cuando estuvieron a punto de rozar los de Ted.

—No te entiendo, pero en todo caso a ti esto no debe importarte. Déjala con sus problemas. Vayamos a Lourdes y luego regresemos a los Estados Unidos, Ted. Es lo más sensato.

—No, Selica.

—¿Por qué no?

La expresión de la muchacha se había endurecido. Sus labios seguían temblando, pero ahora de una manera distinta.

—Vas a ir tú sola a Lourdes —susurró Ted—. Puedes hacerlo, puesto que ya te mueves mucho mejor. Te dejaré en el tren y pasaré a recogerte cuando regreses.

—¿Y por qué vas a quedarte tú aquí? ¿Qué necesidad hay de eso? Prometiste acompañarme, Ted...

Él se pasó una mano por los ojos, cerrándolos un momento.

—No sé... —musitó—. Presiento una cosa extraña. Hay detrás de todo esto algo que no consigo entender y voy a quedarme. Sólo tardaremos dos días en vernos muchacha. No creo que tú estés en Lourdes más tiempo.

—Esos dos días pueden ser suficientes para que te mueras, Ted.

—¿Y eso qué te importa?

—No, claro que no me importa... —dijo ella con rudeza—. Sólo

lo he dicho porque no me gustaría volver sola a los Estados Unidos, sin una especie de criado que me acompañe.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

Ted no la siguió...

Mientras la muchacha se alejaba pasillo adelante camino del corredor del hotel, sus ojos seguían inexpresivos y quietos.

Otra persona llegaba en aquel momento a su habitación del hotel, en el centro de la ciudad.

Colette.

Dejó el «Citroën» aparcado cerca de la entrada, pidió su llave y subió a la habitación. Como la casa era sólo de tres pisos, el hotel no tenía ascensor, de modo que utilizó la escalera. Al llegar frente a la puerta de su cuarto introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar; pero se dio cuenta de que algo había sido forzado. La puerta sólo estaba entornada y cedió a la leve presión.

Colette fue a lanzar un grito, pero no tuvo tiempo.

La puerta se abrió de pronto, y dos tipos, a los que recordaba vagamente, aparecieron en el umbral. Sus movimientos fueron rápidos, precisos y contundentes.

Uno la golpeó en la nuca y el otro la recorrió en sus brazos para que no hiciera ruido al caer. Apenas cinco segundos después Colette estaba dentro de su habitación y la puerta se había cerrado de nuevo. Sólo se produjo como un leve chasquido.

A pesar de eso, alguien asomó la cabeza desde uno de los cuartos vecinos y escrutó el pasillo en calma.

Nada, ni el menor ruido.

«Alguien debe haber tropezado —pensó mientras volvía a cerrar—. Seguramente esa mujer tan impresionante del fondo del pasillo...»

La «mujer impresionante» estaba en ese momento en el suelo y enseñaba, muy en contra de su voluntad, buena parte de sus bonitas piernas. El tipo que la había golpeado en la nuca estaba amordazándola.

—Date prisa, Karl.

—No temas, nadie se ha dado cuenta.

Colette fue arrojada sobre la cama como un fardo. Los dos hombres la miraron con ojos brillantes, pero sin dejarse impresionar demasiado por sus encantos. Uno de ellos sacó una «Luger».

—Habrá que esperar a que recobre el conocimiento. Sent monos.

Pl cidamente, los dos asesinos a los que en aquel momento buscaba toda la policía de Francia se dispusieron a aguardar. La mujer empezó a moverse poco a poco, con angustia, intentando respirar. La mordaza apenas la dejaba, y fue el instinto de conservación lo que la obligó a recuperarse antes.

Sus ojos extraviados se posaron en los dos hombres. Temblaron los párpados cuando uno de los dos gorilas se puso en pie.

Era Franz, el compañero de Karl.

Suavemente pasó sus manos por el cuerpo de la mujer, mientras ella se estremec  de asco. Luego, con una risita burlona, la desató la mordaza.

—No temas, no voy a enamorarme de ti. Ahora grita y te clavar  una bala entre las cejas, muñeca. Nuestras pistolas tienen silenciadores.

Colette no gritó. No hubiera podido hacerlo tampoco, porque estaba intentando recobrar el aliento.

El cañón de una pistola se pos  materialmente sobre su boca.

—Vamos a sacarte de aquí, muñeca.

— A dónde pens is llevarme?  Cre is que es tan fácil poder salir de una pequeña población como ésta?

—Para nosotros todo es fácil, preciosidad.

Tir ndola del pelo, la obligaron a ponerse en pie. La mujer no gimió. Vio que Karl y Franz introducían las pistolas en los bolsillos de sus gabanes.

—Vamos a salir contigo como si tal cosa —dijo Franz—. Iremos uno a cada lado tuyo, y si intentas algo nada será tan fácil como volarte la cabeza. No creas que vamos a vacilar un segundo.

Colette lo sabía. Había adivinado que aquellos tipos eran unos asesinos profesionales desde que los vio al cruzarse con el suyo el automóvil en que iban ambos. En obedecerles radicaba la única posibilidad que tenía de seguir viva... por el momento.

Karl abrió la puerta.

—Andando.

— Hacia dónde?

— Qu  preguntas! Hacia la puerta, imbécil. No intentes ganar tiempo porque no te servirá de nada.

Franz, más suave, dijo riendo burlonamente:

—No asustes a la muñequita, Karl. Podría desmayarse.

Colette pensó que, en el fondo, le habían dado una idea. Desmayarse... ¿Qué harían entonces con ella? Evidentemente no podrían llevársela a rastras fuera del hotel. Pero Franz pareció adivinar sus pensamientos, porque musitó con la misma suavidad de antes:

—Si lo hicieses te clavaríamos un balazo en mitad de la cara, nena...

Llegaron a la vista del conserje. Los dos hombres se apretaron contra Colette, de modo que ésta casi pudo notar a través de las ropas el contacto de las pistolas. Dijo «Buenos días» con voz apagada y antes de darse cuenta estaba ya en la calle.

Todo estaba sucediendo con una insospechada rapidez. Aquellos dos tipos no tenían ni un fallo.

—Sube a tu coche.

Colette obedeció. Se puso al volante, y Franz se sentó junto a ella. Karl, siempre con la mano en la culata, ocupó uno de los asientos de atrás.

—Ahora estás más acorralada que nunca, preciosa. No puedes intentar ninguna maniobra, pero si la intentas te pesará. Conduce a dónde nosotros te digamos y salvarás la piel.

—¿A dónde... debo ir?

—Sal a la carretera.

Colette obedeció. El «2 CV» atravesó el puente sin llamar la atención de nadie.

—Ahora a la derecha.

Hacia la derecha estaba el desvío para Perpiñán y la línea principal hacia Bourg *Madame* y la frontera española. Colette sabía perfectamente que no iba a llegar hasta allí. Aquellos dos asesinos no se arriesgarían a un encuentro con la vigilancia de fronteras.

—Sigue por la número 20. A poca velocidad.

Llevaba unos ocho minutos rodando cuando Franz volvió a indicar:

—A la izquierda.

Había allí una casa semioculta por la vegetación, a la que se llegaba mediante un sendero casi impracticable. Las ruedas del coche se hundieron en el tupido lecho de hojas secas. Luego fue el

mismo Franz el que apretó el pedal del freno, calando el motor.

—Hemos llegado. Baja.

Colette bajó, o, mejor dicho, fue enviada fuera de un empujón. Las maneras más o menos corteses de los dos hombres habían desaparecido por completo, y ahora brillaban sus ojos con un gozo satánico. Se sentían tan seguros que ya obraban como si estuvieran en uno de los viejos campos de concentración. Colette fue enviada a empujones dentro de la casa.

El interior consistía en una sola habitación destartalada y sin muebles, donde había tres hombres.

Los tres estaban rígidos y en una postura que parecía militar. Debían tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años, pero se conservaban en la plenitud de sus fuerzas. Sus ojos crueles y dañinos parecían los de tres fieras prestas a saltar.

Uno de ellos, el del centro, debió ser en otro tiempo un alto oficial de las SS. Aún se atrevía a llevar en la solapa una calavera de plata con las dos tibias cruzadas.

Karl y Franz empujaron a Colette de forma que esta cayera de rodillas ante los tres hombres.

—Aquí está. No ha habido dificultades para traerla.

—¿Nadie os ha seguido?

—Nadie.

—¿Seguro?

—¡Claro que no! —rió Karl—. ¿Nos toma por idiotas?

—Todas las precauciones son pocas. Estamos en país extranjero.

—Nosotros somos extranjeros en todas partes.

—¿Sabéis que ya se ha descubierto el cuerpo de Lorna? —preguntó el tipo con aspecto de oficial.

Karl enrojeció levemente.

—¿Tan pronto?...

—La policía francesa es medio Idiota, pero idiota del todo no.

—Habrán empezado a interrogar a los automovilistas y los policías... —susurró Frank—. Si nos delata aquel que quería ayudarnos a cambiar la rueda...

—Es posible que a estas horas estéis identificados ya —dijo el hombre con aspecto de oficial—. Por eso no se os va a ver más en la calle. Esta noche os facilitaré un guía e intentaréis atravesar la frontera española. Si os cazan allí... Lo siento, nadie podrá

ayudaros.

—No nos cazarán.

Colette temblaba, sin atreverse a hacer un movimiento mientras escuchaba aquella conversación.

Se daba cuenta de que si aquellos tipos hablaban así ante ella era porque ya no les importaba. Porque, fuera como fuese, ya se habían hecho el propósito de matarla.

—Ponte en pie —dijo Karl.

Ella obedeció, aunque las piernas casi se negaban a sostenerla.

—Te presento a *Herr* Schulte —dijo Karl señalando al hombre de aspecto rígido con el que había hablado—. Un antiguo coronel de la SS a quién nadie ha podido echar el guante aún. Conoce muchos procedimientos para hacer hablar a la gente y los aplicará contigo uno tras otro, nena.

—No conseguiréis nada... ¡Estáis locos! ¡No conseguiréis absolutamente nada!

—Algo sí que lograremos —dijo Schulte con calma—. Por ejemplo, ¿dónde está tu marido, Vasili Andreiev?

Colette se mordió los labios.

—¡Contesta! —aulló Frank.

—Está... muerto.

—¿Muerto?

Los cinco hombres se miraron atónitos, como si no comprendiesen.

—¿Cómo sabes que lo está? —preguntó Schulte, recobrando la calma antes que los otros—. Valiente tontería. ¿Dónde has visto su cadáver?

—En ninguna parte.

—Entonces ¿por qué dices que está muerto? Ése es un truco demasiado viejo para ganar tiempo, muchacha.

—Lo está. ¡Juro que lo está!

—Su cadáver. ¡Indícanos entonces el paradero de su cadáver!

—No lo sé. Nadie lo ha visto...

Schulte la abofeteó, partiéndole los labios y haciéndola caer pesadamente a tierra. Una mirada de odio inhumano asomó a los ojos de Colette, pero se suavizó enseguida.

—Es una tontería que perdamos el tiempo con ella —dijo Schulte suavemente—. Hay que empezar a convencerla enseguida.

Karl extrajo de uno de sus bolsillos un pequeño aparato que hacía saltar las uñas, recuerdo de sus años de verdugo en el campo de concentración.

—Empezaré ahora mismo... —Silabeó, mientras se pasaba la lengua por los labios secos a causa de la ansiedad.

—¿Cuánto duró Lorna? —preguntó Schulte.

—Lorna no sabía nada. Era completamente seguro que estaba vacía como una cáscara.

—Muy bien. Pero ¿cuánto duró?

—Estuvimos poco tiempo con ella. Hubo que balearla enseguida.

Colette palideció como una muerta, mientras entreabría sus labios bañados en sangre.

—A Lorna ¿la matasteis vosotros?

—Lorna era amiga de tu marido, de Vasili Andreiev —explicó Schulte—. Vivía en Londres y le había ayudado en varios negocios, por lo cual era lógico que supiera algo de sus andanzas. Ahora parecía estar haciendo turismo por Francia, pero a nosotros nos pareció muy sospechosa su actitud. Frank y Karl la interrogaron, ella dijo que no sabía nada de nada y... no hubo más remedio que matarla.

—Pero si no sabía nada... —gimoteó Colette desesperadamente — ¿qué podía decir?

—Eso no nos importa —dijo Karl mientras encendía un cigarrillo

—. Una vez supimos que no podía decimos nada, era ya un estorbo.

—Entonces yo...

—Tú serás más sensata que ella. Tú hablarás.

—¿Para qué, si el pago será el mismo?

—Eso no lo hemos decidido aún —rió Schulte.

Colette se puso otra vez en pie, vacilando y cubriéndose con la mano derecha la herida de sus labios.

—Os he dicho todo lo que sé. Vasili Andreiev está muerto. ¡Muerto! Lo han asesinado.

—¿Quién?

—¿Y yo qué sé? id a la casa donde debíamos encontrarlos. Está a poca, distancia de aquí, pero en la ruta de Pamiers, a mano derecha. Yo puedo conducirlos a ella. Veréis aún allí las manchas de sangre.

—¡Eso es una encerrona! —gritó Karl—. ¡No caeremos en la

trampa!

—Claro que no caeremos —susurró Schulte—. No soy tan niño. Empieza con ella, Karl.

El asesino se aproximó, llevando en la mano derecha el extractor de uñas. Pero Schulte dio una contraorden.

—Un momento. Hay que evitar que grite.

—¿Un pañuelo?...

—No. Un pañuelo no la sujetará con la fuerza necesaria cuando esté desesperada. Detrás de la cabaña hay una bufanda que he traído a propósito. Tráela.

—*Jawohl*.

Karl salió de la cabaña y la rodeó para ir a la parte posterior. De repente, cuando ya se hallaba a unos pasos de distancia, se detuvo.

Alguien le estaba mirando.

Un hombrecillo que había permanecido aguardando en el lindero del bosque se encontraba ahora frente a él.

Era una especie de microbio, un tipo vestido de negro, con una extraña sonrisa en los labios.

Sus manos acariciaban un lazo de seda también negro.

CAPÍTULO VI

UN TIPO INSIGNIFICANTE

Karl nunca había visto a un hombrecillo como aquél. No porque fuera débil, sino porque daba una extraña sensación de fragilidad, de cosa que va a romperse de un momento a otro. ¡Y aquella sonrisita! Sonreía igual que uno que pide perdón antes de que lo aplasten.

—¿Qué hace aquí? —Gruñó Karl—. ¿De dónde infiernos ha salido?

El hombrecillo, sin perder su sonrisa, contestó:

—Buenos días, hermano.

—¿Hermano? ¿Se ha vuelto loco? ¿De qué diablos de hermano habla?

—Usted y yo lo somos —dijo el hombrecillo con la misma suavidad—. ¿No tenemos el mismo oficio?

—¿Qué oficio? —preguntó Karl, atónito, sin entender aún ni media palabra.

—Los dos somos verdugos.

—¿Ver... du... gos?

—Con la única diferencia de que yo mato mejor.

Karl fue a lanzar una carcajada, porque en el fondo aquel tipejo tenía gracia. Pero reparó entonces en sus ojos, sus extraños ojos vacíos y quietos. La mirada del hombrecillo era la de una serpiente que se dispone a morder. Había en ella algo que no tenía sentido, algo que helaba la sangre en las venas.

—¡Imbécil! —farfulló, mientras sacaba su pistola con silenciador.

Disparar aquel cacharro sólo costaba un par de segundos; sin embargo, Karl no llegó a tiempo.

De repente el hombrecillo, con la agilidad y la precisión de una víbora, salto sobre él.

Sus manos con el lazo negro se movieron mientras lanzaba una risita que destrozaba los nervios.

Karl lanzó un alarido al sentir que el lazo de seda apretaba su cuello y penetraba en su carne como si fuese un hilo de acero. Crispó los dedos, mientras soltaba la pistola en un espasmo de angustia. Toda su lengua brotó de repente por entre los labios mientras los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Nooooo! ¡Nooooo...!

Su alarido ni siquiera fue humano.

«Quick» Barness, que esta vez había querido hacer un trabajo de artista, dio un último tirón a los extremos del lazo y redujo todo el cuello de su víctima al tamaño de una moneda de diez centavos. Soltó entonces suavemente el cadáver de Karl, como si le doliera deshacerse de él. Soltó una carcajada suave, chirriante, como si brotase por entre dos mandíbulas de acero.

Pero ya no podía entretenerse más. Todos los tipos del interior de la cabaña habían oído aquellos extraños ruidos y estaban ya saliendo.

«Quick» deshizo el lazo instantáneamente, con esa rapidez que sólo puede dar una larga práctica, y saltó hacia la puerta.

El primer tipo que tuvo la mala suerte de salir por ella fue Frank, compañero de Karl.

Antes de que pudiera comprender lo que sucedía, notó que una cosa delgada y fina se enroscaba en torno a su cuello. Fue tal la rapidez del lazo que creyó que una serpiente le había saltado encima. Y esta vez «Quick» hizo un trabajo relampagueante, como los que le habían dado fama.

Le bastaron fracciones de segundo para romper la tráquea de su víctima. Frank quiso lanzar un aullido, pero lo que en realidad hizo fue proyectar un chorro de sangre. Al segundo tirón, ya sus vértebras cervicales habían sido partidas completamente, y la cabeza le colgaba a un lado de una manera grotesca.

Pero ya. «Quick», a pesar de su rapidez, había perdido un tiempo precioso. No podía matar con un lazo a los tres hombres armados que estaban tras él. Comprendió —demasiado tarde— que había sido un loco al no averiguar primero cuántos enemigos había dentro

de la cabaña.

Ahora los tenía encima.

Schulte aulló:

—¡Acribilladlo!

Sus dos guardaespaldas tenían ya las pistolas en las manos, pero no llegaron a usarlas.

De pronto un revólver calibre .38 se puso a crepitar entre el bosque. Schulte supo enseguida que era un revólver de gran calibre por el ruido infernal de las balas. Sus dos guardaespaldas cayeron con las gargantas atravesadas antes de haber podido apretar el gatillo una sola vez.

Schulte, presa del pánico, dio un salto hacia atrás, rodando por el suelo de la cabaña.

Oyó pasos en el bosque, que se aproximaban hacia la puerta.

—¡Traición! —aulló—. ¡Traición! ¡Estamos rodeados!

El «estamos» en plural resultaba superfluo, porque el que se encontraba acorralado era él solo. Los cuatro hombres que unos minutos antes se encontraban con él habían muerto todos: dos estrangulados y otros dos con el cuello acribillado a balazos. Schulte se dio cuenta con horror de que ahora nadie podía protegerle.

Desde siempre, desde que empezó a actuar en las SS, había trabajado en grupo. La soledad le horrorizaba. Al oír los pasos acercándose más aún a la cabaña, lanzó un gemido de angustia.

Sin pensarlo más saltó por la única ventana. La rompió con su cuerpo y se encontró rodando por la hierba, al otro lado de la cabaña. Corriendo como una liebre se escabulló entre los árboles mientras alguien disparaba con el revólver del 38 desde la ventana por la que él acababa de saltar. La bala astilló un árbol a pocos centímetros de su cabeza, pero no llegó a tocarle, un segundo más y Schulte ya se había hecho invisible.

Ted Ramsay guardó el revólver.

Tras él, «Quick» Barness aún sostenía entre las manos el lazo con el que acababa de estrangular a dos hombres. Los dos se miraron de una forma muy extraña. «Quick» improvisó una sonrisita.

—Bueno, creo que le debo la vida...

—No hay tiempo para hablar de eso ahora. Tendrá que entendérselas con el verdugo de París si no se da prisa a escapar.

Según creo, ha liquidado a dos hombres...

—Sí. ¿Por qué no los mira? Ha sido un trabajo fino, créame. Sobre todo, por el segundo me hubieran dado un diploma...

—Se lo darán en la prisión de la Santé si no corre. ¡Vamos!

Sujetó por el brazo a Colette, que estaba apoyada en la pared, como si no tuviera fuerzas, mirándolo todo con expresen de horror, y la sacó de un empujón fuera de la cabaña.

Los cuatro cuerpos retorcidos estaban junto a la puerta.

—Por el bosque —dijo Ted—. ¡Hay que atravesarlo!

Corrieron hacia los árboles. Los finos tacones de Colette se hundían en la hojarasca, y dos veces estuvo a punto de perder los zapatos. Dejaron que se los ajustase otra vez porque perder uno de ellos hubiera significado una pista para la policía. Ya en lo más espeso del bosque, respiraron con un poco de alivio.

—¿Tiene perros la policía de aquí? —preguntó «Quick».

—Es posible.

—Entonces hay que correr más. Nos seguirán la pista.

—No podrán identificar tan pronto la procedencia de los disparos —opinó Ted, más tranquilo—. Tardarán al menos diez minutos en llegar a la cabaña, y ésa es toda la ventaja que tenemos. Habremos de llegar a Foix antes de que se dé la alarma general a toda la zona.

—Pero Foix es una ciudad, pequeña... Se volverán locos registrando los hoteles —musitó «Quick»—. Seguro que dan con nosotros. Alguien ha tenido que vernos.

—Por mi parte iré a Lourdes —decidió Ted—. Me han dicho que hay allí nada menos que seiscientos hoteles. Seguro que entre enfermos y sanos llegan dos mil personas diarias. No podrán seguir mi pista en un lugar como ése. Les aconsejo que hagan lo mismo.

Colette, que respiraba dificultosamente, balbució:

—Yo tengo que quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Mi marido...

—Lo buscaban, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué les has dicho?

—Lo único que sé. Que está muerto.

Avanzaban en zigzag entre los árboles, procurando no dejar

huellas.

—Tú no sabes si está muerto o no. No lo sabes con seguridad.

—¿Tampoco me crees? ¿No te convenciste tú mismo? ¿Vas a hacer como ellos, que no creían una palabra?

—Que Andreiev viva o no, es asunto que no me incumbe —dijo ásperamente Ted—. Lo único que no consiento es que rapten a una mujer poco menos que ante mi vista.

—¿Es que fuiste testigo?

—Sí.

—Entonces me seguías...

—Simple casualidad. Vi pasar tu coche bajo la ventana de mi hotel y me extrañaron aquellos dos tipos. ¿Quiénes eran?

—No lo sé exactamente, uno de ellos había sido oficial de las SS alemanas, o al menos me lo presentaron así. Schulte o algo parecido. Los otros debían ser sus esbirros.

—Buscaban Vasili Andreiev, ¿no?

—Ésa parecía ser la cosa... que más les importa en el mundo.

Contempló a «Quick», que caminaba junto a ellos dando extraños saltitos. «Quick» daba la sensación de una lagartija que a cada segundo era capaz de ocultarse entre los árboles sin que nadie pudiera dar con su paradero. Nunca Colette había visto un tipo tan sinuoso y de una mirada tan extraña como la de aquel tipejo. Daba la impresión de que, con sólo rozar a una persona con su lengua había de envenenarla.

—¿Quién es él? —preguntó.

—¿Yo? —dijo «Quick».

—Sí, usted. Ha aparecido como si brotara de la tierra y ha matado a dos hombres. Deberé estarle eternamente agradecida, pero tengo interés en saber a quién debo la vida.

—Me llaman «Quick» Barness. Tengo una profesión muy curiosa y un poco especial. Soy el verdugo del Estado de Oklahoma. Mato a la gente en la horca.

Colette se estremeció.

—¿Y ha venido aquí... para eso?

—¡Oh, no! Soy un simple turista que paseaba por el bosque. He visto lo que sucedió y aquellos tipos me han puesto nervioso, ¿sabe? Y a veces uno se acuerda del oficio y tiene ganas de practicar.

—¿Sabe que lo que ha hecho podría llevarle a la guillotina?

—¡Hum! Así podría conocer la técnica de mis colegas franceses. No estaría mal...

Y lanzó otra chirriante carcajada que parecía pasar por entre unas mandíbulas metálicas. Colette se estremeció de nuevo.

—Sigamos a través del bosque —decidió Ted—. Daremos un rodeo antes de llegar a Foix.

En aquel momento dos gendarmes armados de metralletas y acompañados por un perro, descubrían los cadáveres hacinados junto a la puerta de la cabaña.

—*¡Mon Dieu!* ¡Dos de ellos estrangulados y los otros dos casi degollados por las balas! ¡Es horrible!

—Pero ¿no son esos dos los sospechosos a los que andábamos buscando?

—Tal vez sí. Hay que avisar a la Gendarmería de Foix y dar parte inmediatamente a Toulouse. ¡Esto es una matanza!

Mientras el primero de los gendarmes registraba la cabaña, el otro corrió en busca del poste telefónico más cercano.

Media hora después, cerca de quinientos hombres de la Gendarmería y la Sûreté se habían puesto en movimiento por aquella zona.

Un cinturón de hierro rodeaba a la ciudad de Foix mientras Ted Ramsay, «Quick» y Colette, preparaban a toda prisa sus equipajes para salir de ella.

CAPÍTULO VII

TRES FUGITIVOS

—Extraño destino el que nos ha unido —dijo Colette—. Creo que ninguno de nosotros se conocía hace veinticuatro horas, y en este momento nos vemos obligados a huir juntos como si hubiéramos cometido un atraco o algo peor. Todo esto me parece tan incomprensible que a veces creo estar soñando.

«Quick», que sólo llevaba una liviana maleta, encendió con suavidad un cigarrillo perfumado.

—Cuando uno deja cuatro fiambres a la espalda, no sueña —dijo tranquilamente.

Ted, que también se había reunido con Colette en la habitación de esta minutos antes de la marcha, opinó:

—Por extraño que pueda parecer nuestro destino, debemos aceptarlo. Todo es mejor que quedarse a dar explicaciones a la policía teniendo cuatro muertos a la espalda.

—Entonces ¿a qué esperamos? —preguntó Colette—. Cada minuto de retraso puede significar un desastre.

—De todos modos —susurró «Quick»— la policía sospechará enseguida de tres extranjeros que salen precipitadamente el mismo día y a la misma hora.

—Hemos estado en distintos hoteles —dijo Ted—. La policía tardará unas horas en atar cabos, y para entonces ya estaremos en Lourdes. Allí será más difícil que den con nosotros, al menos durante un par de días.

—Pero nunca daré con mi esposo —musitó Colette.

—Si sabes que está muerto —dijo Ted—, ¿qué importa, al fin y al cabo, dar con su cadáver?

—No con su cadáver, sino con él.

—No digas absurdos.

—El siempre prometió que volvería.

—¡Bah!

Abrió la puerta, para que saliesen todos sin perder un minuto más. Al abrir esa puerta se produjo una leve corriente de aire, y uno de los armarios, mal encajado, se abrió también.

No había en él nada de particular. Estaba vacío.

Vacío... excepto en una cosa.

Sobre uno de los estantes había un sombrero de hombre.

Ted Ramsay lo miró, y en su frente se marcó una leve arruga. Notó que los ojos de «Quick» también iban hacia aquel objeto. Se oyó en la habitación el gemido agónico de Colette.

—Es... horrible.

—¿Qué es horrible, Colette?

Los ojos de Ted Ramsay parecían ahora dos pedazos de acero.

—Eso... pertenecía a Vasili Andreiev.

—Sí, ya veo. Es un sombrero de hombre. ¿No lo tenías tú?

—¿Por qué iba a tener yo... un sombrero de mi marido?

Colette estaba mortalmente pálida. «Quick» notó algo muy raro en su interior. Entreabrió los labios sin darse cuenta, y el cigarrillo cayó al suelo.

—Si usted no lo tenía... ¿quién ha podido traerlo aquí?

—El.

—No sea ridícula.

—¡Lo ha traído él! ¡Estoy segura! ¡Él, que quiere advertirme que aún está vivo!

La mujer apretó los puños y se los llevó a la boca, como si fuese a sufrir un ataque de nervios y quisiera evitarlo. Ted Ramsay hubo de sujetarla. Casi a la fuerza la llevó fuera de la habitación.

«Quick» tomó el sombrero. Examinó la faja interior y vio que estaba ligeramente ennegrecida por el sudor. Llevaba grabada la inicial «A».

Descendió con él.

—¿Quién ha traído este sombrero? —preguntó al conserje.

—Pues... el esposo de la señora.

—¿Cómo?

—No vi nada de particular en ello. El caballero me dejó una tarjeta: «Vasili Andreiev». Aquí la tengo. Mírenla.

La sostenía a la altura de los ojos de Colette. Ésta se hallaba mortalmente pálida.

—¿Por qué no subió a la habitación?

—Dijo que vendría luego, porque ahora tenía cosas importantes que hacer. Sólo quería que usted supiese que había llegado a Foix.

A Colette parecieron arrancarle las palabras cuando dijo:

—Sí, claro...

—¿No lo espera usted, señora?

—No. Sé que nos encontraremos en Toulouse. ¿Quiere prepararme en un momento la nota? He de ir cuanto antes a Pamiers. Un asunto urgente.

El conserje consultó sus libros y preparó rápidamente una factura. Pero durante los cinco minutos que empleó en ello, las facciones de los dos hombres palidecieron y las manos de Colette se pusieron a temblar visiblemente.

—Aquí tiene, señora. Son ciento sesenta francos nuevos.

Colette dio ciento setenta y salió.

Caminaron hacia el mercado, siguiendo a «Quick».

Éste tenía aparcado allí un pequeño «Simca 1000». Abrió la puerta.

—Lo compré apenas llegado a Francia —dijo—. De momento nadie lo buscará, y además no lo han visto desde el hotel; para que no lo vieran lo he dejado aparcado a distancia.

—Has sido inteligente al decir que ibas a Pamiers y luego a Toulouse —dijo Ted a la mujer—. De momento, cuando interroguen al conserje, la policía tendrá una pista falsa.

—Me temo que estarán desorientados muy poco tiempo.

—En nuestra situación, un solo día puede ser de gran importancia.

«Quick» condujo el pequeño coche con habilidad, una vez hubieron colocado las maletas en el portaequipajes. La carretera ascendía, en fuertes curvas, hacia Saint Giróns. El maravilloso paisaje verde era un descanso para los ojos, pero ninguno de los tres lo miraba.

—¿Dónde está su alumna, la señorita Selica Taylor? —preguntó de repente Colette.

—Se ha marchado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tuvimos una discusión esta mañana, y le pedí que se fuera sola a Lourdes, pero asegurándole que yo la acompañaría a la estación. Al ir a pedir la nota hace un rato me han dicho que ya se había marchado. Supongo que en Lourdes nos encontráremos.

—Es una muchacha extraña.

—Sí, lo es —dijo Ted encajando las mandíbulas—. Mucho.

De repente Colette apretó los puños.

—Pero ¿qué buscamos? ¿Qué conseguiremos al huir?

—De momento evitar un conflicto muy grave con la policía.

—¿Y luego? ¿Qué finalidad tiene todo esto?

Había apretado los puños otra vez y estaba temblando. Ted le sujetó las muñecas.

—Óyeme... Lo de tu marido, lo de Vasili Andreiev, es muy extraño. Si yo no fuese ya demasiado mayor para creer en las brujas, diría que estas existen. O es un resucitado o ha ocurrido algo mucho más sencillo: Que no ha muerto.

—Entonces, ¿por qué se burlaría de mí?

Ted reconoció que, en efecto, si Andreiev estaba vivo, su conducta era más que extraña.

—Debe haberse dado cuenta de que le persiguen y quiere que sepas que está vivo, pero sin acercarse a ti para no ponerte en peligro —dijo al fin, como única explicación posible.

—No es ése el modo lógico de obrar. Podría enviarme una carta, dejarme una nota o, simplemente, llamarme por teléfono.

—Es cierto.

—¿Qué piensas, entonces, de todo esto?

—Pienso que la conducta de Andreiev es más que extraña, pero no puedo precisar nada. Seguramente tendrá sus motivos para obrar así.

—¿Es que los muertos también obran por algún motivo?

Ted Ramsay empezaba a ponerse nervioso, aunque se avergonzaba de ello. Ni siquiera el paisaje verde, húmedo, lograba tranquilizarle. Más bien las casas silenciosas, cubiertas por la hiedra, acentuaban en él la sensación de misterio y de terror.

—En Lourdes —dijo mientras encendía un cigarrillo— despistaremos al mismo tiempo a la policía y a aquellos viejos esbirros de las SS, y ello nos permitirá ver las cosas con más calma. Por cierto, ¿por qué crees que buscan a tu marido? ¿Qué debía

llevar encima?

—Al vender armas, trataba con gentes de todas clases. Es posible que diera con un buen secreto, con un filón. En ese caso no es de extrañar que le persigan esbirros de todas las nacionalidades.

—Sí —dijo Ted calmosamente—, eso es lo que debió suceder.

—Pero ahora está mu...

—No sigas. Has hablado muchas veces de que está muerto. Por el momento mejor es que nos olvidemos de él.

Habían pasado Saint Giróns y se dirigían a Saint Gaudens. A la entrada de todas las poblaciones unos letreros indicaban el horario de las Misas. El paisaje se iba haciendo cada vez más hermoso, pero también más sombrío. «Quick» conducía nerviosamente, con demasiada velocidad, y el coche se le fue un par de veces en las curvas.

Cuando llegaron a Tarbes anochecía. Las calles estaban iluminadas y la gente paseaba ante los escaparates brillantes como joyas.

—Ya estamos prácticamente en Lourdes —advirtió «Quick»—. La ciudad se encuentra detrás de aquellas colinas. ¿Han advertido algo anormal?

—Nada —dijo Ted—. Incluso creo que los motoristas de tráfico que hemos ido encontrando no nos han mirado siquiera.

—De momento investigarán en Toulouse —opinó «Quick»—. A lo mejor toman aquella carnicería como un asunto de la O.A.S. y empiezan a investigar entre los «pies negros»[1]. En ese caso estamos salvados.

—No. Los de la Sûreté se darán cuenta inmediatamente de que aquellos tipos pertenecieran a las SS hace diecisiete años. Llevaban incluso los tatuajes sobre la piel. Se darán cuenta de que el asunto es mucho más complejo y empezarán a investigar en toda la zona.

—¿Cuántos días crees que estaremos seguros en Lourdes? —preguntó Colette.

—No más allá de dos.

—¿Y luego?

—Luego ya veremos. En cuarenta y ocho horas tienen que haberse producido acontecimientos.

«Quick» moderó la velocidad del coche al entrar en la ciudad. Hasta él, un hombre con el corazón helado, sentía algo muy extraño

al encontrarse allí. De toda la ciudad parecía trascender una hermosa fe. Habitado al mundo materialista de los Estados Unidos, a «Quick» le asombraba aquello.

—Iremos a hoteles distintos —decidió Ted—, pero a ser posible situados en la misma calle. No nos pondremos en contacto sino en las escaleras de la basílica, rodeados por la multitud.

—Bien.

«Quick» tenía que conducir con precaución. Las tiendas de recuerdos y objetos religiosos se tocaban materialmente. Una gran multitud entraba y salía de ellas.

—Aquí —decidió Ted—. Te corresponde a ti, Colette.

El coche se detuvo, y la mujer entró en el hotel que había justamente enfrente. Nadie pareció fijarse en ella. Cien metros más allá, el «Simca» se detuvo nuevamente, y ahora descendió Ted. «Quick» fue el último, pero antes cuidó de dejar el automóvil en otra calle para que, si alguien lo veía, tardara en localizarlos.

Luego, sin haberse hablado siquiera, los tres se retiraron cada uno a su habitación.

Ted tardó mucho en dormirse.

¿Dónde diablos estaría Selica Taylor? ¿Por qué se habría marchado sola?

Cuando empezaba a dormirse sonó el teléfono.

CAPÍTULO VIII

LA MUJER QUE TENÍA MIEDO

A Ted Ramsay le extrañó que alguien le llamara, porque nadie tenía por qué saber que se alojaba allí. Por un momento temió que fuese una comprobación de la policía y estuvo tentado de no descolgar, pero al final se puso el micro al oído.

—¿Quién?

Una voz femenina le respondió.

—Por favor, Ted...

—¿Eres Colette?

—Sí.

—¿Cómo has sabido dónde me alojaba?

—Éste es el quinto intento que hago. He estado llamando a todos los hoteles que, según la guía telefónica, hay en esta calle.

—¿Sabes que es una imprudencia?

—No he podido remediarlo, Ted.

—¿Qué sucede?

La mujer cuchicheaba. Parecía como si tuviera miedo a que alguien la oyese.

—Han intentado entrar en mi habitación.

—¿Qué han intentado...? —Ted vaciló—. ¿Cómo lo sabes?

—He oído un ruido muy leve y luego he visto cómo giraba el pomo de la puerta.

—¿No has pedido ayuda a conserjería?

—No. Hubiera sido inútil...

—¿Por qué?

—Era él...

Ted se estremeció en contra de su voluntad. La voz de la mujer sonaba trágicamente.

—No digas tonterías.

—Lo sé. ¡Era él!

—¿Cómo lo has sabido?

—En las noches de lluvia, Vasili Andreiev se veía afectado un poco por una vieja lesión reumática. Entonces usaba un bastón para andar mejor. Ese hombre también lo usaba.

—¿Y qué? Hay centenares de personas que tienen que apoyarse en un bastón para andar. ¡Y te extraña eso precisamente en Lourdes! ¿Cuántos que sufren principio de parálisis tendrán que andar con esa ayuda?

—Yo he oído durante meses su sonido al andar —dijo Colette con voz más temblorosa cada vez— y sé lo que me digo. Todas las personas del mundo moverían el bastón de una manera distinta. ¿Crees que hay dos que necesiten apoyarle del mismo modo? He sabido que era él desde que comencé a oír los pasos al principio del pasillo. Y luego su modo de pararse... Su modo de hacer girar el pomo de la puerta.

—Por favor, Colette, cálmate.

—¿En una noche como ésta?

Ted miró maquinalmente hacia la ventana. Ésta era como una gran pizarra negra contra la que se estrellaban las ráfagas de lluvia.

—Debes intentar dormir...

—¿Y si vuelve?

—Explícame con detalle qué ha sucedido. Tal vez encontremos una solución.

—Nada, excepto lo que te he dicho. Él ha intentado abrir la puerta, pero se ha dado cuenta de que estaba cerrada con llave. Yo contenía incluso la respiración. ¡No podía más! Veía la sombra de sus pies por debajo de la puerta, cortando la línea de luz, y he estado a punto de volverme loca y gritar de terror pensando que la cerradura podía ceder... Pero él se ha ido. He oído sus pasos y el roce del bastón yendo pasillo abajo.

Ted quiso tragar saliva y no pudo. Tenía la boca seca.

—Colette... Los muertos no necesitan bastón.

—Y yo te digo que sólo un muerto podía haber sabido tan pronto en qué hotel me hospedó.

—¿Has preguntado en conserjería?

—¿Qué es lo que tenía que preguntar?

—Si ha entrado alguien preguntando por ti. Es elemental.

—No... no lo he pensado.

—Escucha. Colette.

—¿Qué?

La voz de la mujer era apenas un soplo. Estaba al borde de un ataque de histeria.

—¿Tienes a mano alguna tableta para dormir?

—Creo... que sí.

—Tómatela y descansa. Métete en la cabeza esto, Colette: Sea un muerto o un vivo, no puede atravesar las paredes, sino que necesita abrir las puertas. Y la tuya no ha podido abrirla, Colette. Coloca un par de sillas o una butaca detrás de la puerta, toma la tableta y duerme. No puede sucederte nada. Sea como sea, no podrá emplear un hacha para abrirse paso en un hotel como ése. Estás en el «Victoria», ¿verdad?

—Sí.

—Haz lo que te digo, Colette. Yo me daré una vuelta por ahí. No pienses más en eso. ¡Calma!

Suavemente, mientras una arruga vertical se marcaba en mitad de su frente, colgó.

Un minuto después consultaba la guía y llamaba a conserjería del hotel de Colette.

—Hotel Victoria. Dígame...

—¿Se hospeda ahí la señora Colette Andreiev?

—Un momento, señor. Consulto el registro.

Y apenas un minuto después:

—Sí, señor. Ha llegado esta noche. ¿Necesita hablar con ella?

—No. Con el que quiero hablar es con su esposo, que seguramente llegará de un momento a otro. ¿O tal vez ha llegado ya?

—¿El señor Andreiev? Precisamente ha venido hace unos minutos, dejando su tarjeta. Pero no tenemos ninguna habitación libre, y entonces ha dicho que se limitaría a hablar con su esposa y buscaría alojamiento en otro sitio. ¿Algún recado, señor?

—Sí. ¿No se confundirá? ¿Llevaba bastón ese hombre?

—En efecto, señor. Y a pesar de que llueve, iba con la cabeza descubierta.

Ted sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal de

arriba abajo.

—Gracias —dijo con un soplo de voz.

Y colgó. Sentía el miedo erizándole los cabellos de la nuca.

Pero de pronto el horror entró por su boca, por sus ojos, como una cosa física.

Notó que castañeteaban sus dientes sin poder evitarlo.

Al colgar el teléfono, que estaba en una mesilla a la derecha de su cama, había alzado la cabeza, viendo algo.

Sus ojos dilatados por el horror contemplaron la puerta.

Por debajo de ésta, cortando la raya de luz procedente del pasillo, se veía la sombra de unos pies y la sombra de algo más: un bastón.

Y la manivela de la puerta se movía poco a poco.



Karl recibió de lleno los impactos

CAPÍTULO IX

DETRÁS DE LA NIEBLA

No se oía ningún ruido, pero la manivela de la puerta se movía lentamente. El nombre que estaba detrás no intentaba abrir por la fuerza, sino simplemente estaba comprobando si la cerradura cedía. Ted relajó los músculos al pensar que había cerrado la habitación por dentro.

¿Qué hubiera sucedido si Andreiev llega a entrar, encontrándole dormido? ¿Cuáles eran las intenciones de aquel hombre, si es que realmente se trataba de un ser humano?

Ted volvió a intentar tragar saliva, y ahora pudo. Ya no tenía la boca tan seca.

Vencida la sugestión provocada por la voz temerosa de Colette, la instintiva sensación de miedo había cedido. Ahora volvía a ser dueño absoluto de sus nervios.

Pensó que debía alegrarse, puesto que, al fin, tenía la sensación de que la solución de todo estaba a sólo unos pasos, separada de él por una hoja de madera.

Silencioso como un gato, saltó de la cama y empezó a calzarse. Se abrochó los pantalones y sobre la camiseta se puso un jersey azul que llevaba en su maletín. Mientras lo hacía, notó que la manivela dejaba moverse. Oyó el bastón al golpear rítmica y suavemente en el pasillo. Andreiev, o el fantasma de Andreiev, se alejaba.

Alisándose los cabellos con las manos, Ted buscó con los ojos la pistola. La tenía dentro del maletín. La sacó y se la introdujo en el bolsillo posterior del pantalón.

En todo esto había empleado apenas dos minutos.

Abrió la puerta de golpe y miró el pasillo arriba y abajo.

Respiró hondo, con un extraño sentimiento de angustia.

Nadie.

Su habitación estaba, casi al principio del pasillo, de modo que no era extraño que el hombre del bastón hubiera podido llegar ya al vestíbulo. Ted corrió hacia allí. Silencio absoluto en la escalera.

Pero uno de los ascensores bajaba.

El joven llamó al otro porque pensó que sería más rápido que bajar a pie. Esperó un minuto interminable a que la caja subiera. La impaciencia y la angustia habían hecho que brotaran unas gotitas de sudor helado en su frente.

De pronto, cuando el ascensor ya se había detenido ante él. Oyó el ruido de un bastón en la escalera.

¡Andreiev estaba bajando por allí, no por el ascensor!

Sin dudar más, se precipitó escaleras abajo. Lejanamente oyó que un reloj daba las doce. Y, mezclado con el sonido de las campanadas otra vez el «tac, tac» del bastón. ¡El bastón, que subía!

Ted apretó los puños, dispuesto a la acción.

Y de pronto sus músculos se relajaron, mientras en su boca se marcaba una mueca de amargura y de rabia.

Estuvo a punto de tropezar con ella.

La que subía apoyándose, en su bastón era una anciana septuagenaria a la que seguramente daban miedo los ascensores. Llevaba un bastón de caoba con empuñadura de plata, y le miró con ojos indignados cuando Ted estuvo a punto de tropezar con ella.

—¡Esos jóvenes! ¡Qué modales! ¡Y en un hotel de categoría! ¿Por qué no se va a dormir a un *camping*, muchacho?

—No me han admitido, señora. Me han dicho que pasara antes por la desinfección municipal.

—¡Insolente!

—¡Guapa!

La anciana se quedó quieta como una estatua mientras Ted bajaba la escalera a la velocidad de un tren expreso.

—Bueno, quizá no sea tan maleducado como parece... —suspiró, volviendo a apoyarse en su bastón de empuñadura de plata.

Ted llegó al vestíbulo. El conserje de noche miró con ojo crítico su aspecto de boxeador que sale del entrenamiento.

—¿Va a salir, señor? Está lloviendo.

—¿No ha salido también hace un momento un caballero con un bastón? Dígamelo. Es importante...

—Claro que sí, señor. Ha sido el señor Vasili Andreiev. Me ha dejado su tarjeta y me ha dicho que quería verle a usted para un asunto muy urgente. ¿Es que ocurre algo, señor?

—¿Acaba de salir?

—Ahora mismo. Bajaba en el ascensor.

—¿Sabe qué dirección ha seguido?

—Eso no he podido verlo, señor.

El conserje estaba atónito. Por lo visto no sabía si esconderse debajo del «comptoir» o avisar a la policía.

—Gracias.

Ted Ramsay salió a la calle, e inmediatamente le cegó una ráfaga de lluvia. El agua no caía con intensidad, pero el viento la arremolinaba y la lanzaba contra paredes y ventanas. Era una lluvia del Pirineo, gélida y dura. Ted miró a un lado y a otro.

A pesar de ser las doce de la noche, muchas tiendas permanecían abiertas aún, y desde luego, la calle estaba bien iluminada. Pero eso estorbaba los planes de Ted, porque había aún numerosas personas caminando de un lado a otro, bajo la lluvia.

Lanzó una imprecación en voz baja.

Todos los que pasaban por la calle parecían fantasmas, pero él necesitaba un fantasma con bastón y seguramente sin sombrero. Tenía que encontrarlo fuese como fuese.

De pronto creyó verlo, cuando el hombre pasaba frente a uno de los escaparates. Se apoyaba en el bastón, pero aun así andaba con mucha rapidez. Sin duda era un hombre joven. No llevaba sombrero ni impermeable. El agua caía de lleno sobre su cabeza y sus ropas.

¡Tenía que ser él!

Ted echó a correr. El individuo, sin volverse, dobló la esquina. Ted fue a volverla también, a toda velocidad.

—Cuidado, señor.

Un joven de los «boy-scouts» le había puesto la mano en el pecho, rogando que se parase.

Poco más allá, unos compañeros suyos arrastraban cochecitos de enfermos en dirección a la basílica. Los muchachos tiraban de ellos mediante unas correas que llevaban sujetas a los hombros y el pecho, como una mochila. Los enfermos, casi todos jóvenes, tiritaban bajo sus paraguas.

—Cuidado, señor, repitió el «boy-scout». —Sería terrible que

arrollase a uno de ellos.

—Pero ¿a dónde van ahora?

—A la basílica, señor.

—¿Con esta noche?

—Hay una procesión de antorchas en torno a la gruta.

Kent entrecerró los ojos, sintiendo que un principio de lágrimas asomaba a ellos. Se avergonzó de lo que le parecía una debilidad, pero realmente se dio cuenta de que nunca se había sentido tan auténtico como en aquellos momentos. Era maravillosa aquella fe. Y él, sano, fuerte y lleno de vigor, no daba importancia a aquellas cualidades, como si tenerlas fuera lo más natural del mundo. Se dio cuenta de que uno de los enfermos le miraba con resignación. Ted Ramsay casi sintió vergüenza de ser tan fuerte.

Había llegado a olvidar al hombre del bastón cuando el «*boy-scout*» le dijo:

—Puede pasar. Gracias por haberme atendido, señor.

Ted dobló la esquina.

Ya no se veía ni rastro del hombre del bastón, pero un poco más allá la calle se bifurcaba. No cabía duda de que había tenido que doblar a la derecha o a la izquierda.

Corrió hacia la bifurcación.

A la derecha había un camino largo, entre torrecitas señoriales, por el que no se veía a nadie. En cambio el camino de la izquierda era más corto y terminaba bruscamente en ángulo. Sin duda el hombre a quién buscaba tenía que haber seguido por allí.

Ted vio una flecha que indicaba: «Pau».

Se trataba de una carretera. Más allá, sin duda, empezaban los campos solitarios.

¿Le habrían preparado una trampa?

En todo caso necesitaba arriesgarse a comprobarlo.

Corrió, con los puños preparados, dispuesto a saltar en cualquier momento sobre el primer enemigo que se le pusiera enfrente. Pero no tuvo tanta suerte, desde luego.

Los enemigos no se le pusieron enfrente, sino a los lados.

De pronto, en el espacio comprendido entre dos tapias, las piernas de Ted se enredaron con algo.

Demasiado tarde comprendió en qué trampa tan sencilla y mortal había llegado a caer. Dos enemigos, uno a cada lado, habían,

tendido una delgada cuerda. Lanzó una salvaje maldición mientras caía por no haber pensado en ello, pero ya era demasiado tarde.

Una culata se abatió dos veces sobre su cabeza.

Mientras se daba cuenta de que iba a perder el conocimiento, Ted hoyó más abajo, por dónde acababa de pasar, los pasos de alguien que se alejaba con la ayuda de un bastón. ¡Andreiev se había burlado de él! ¡Se había ocultado mientras él pasaba a menos de dos pasos, sin verle!

Pero seguramente eso indicaba que Andreiev nada tenía que ver con los que le atacaban ahora. Porque él también huía.

Un tercer culatazo disipó estos pensamientos. Ted Ramsay cayó de bruces sobre el fango.

Pero vio demasiado cerca el pie de uno de sus enemigos. Quien fuera, se había acercado a él con demasiada confianza, dispuesta a liquidarle. Ted se arrojó contra aquel pie mientras lanzaba un rugido.

Se oyó una maldición en alemán. Su enemigo y él rodaron por el fango, mientras varios pies chapoteaban hacia ellos.

Ted vio una cara borrosa, algo grasienta, que le miraba con odio apenas a medio metro de distancia. Preparó los puños, golpeando con toda su rabia, y aquella cara pareció deshacerse. No se dio cuenta de que destrozaba a su enemigo hasta que éste cayó exánime y chorreando sangre. Ted se volvió entonces como una fiera acosada.

Tres hombres más se lanzaban hacia él.

—¡Marranos! —gritó.

El primero venía con el estómago descubierto, y Ted le clavó un corto que lo envió un par de metros más allá, aullando de dolor. El segundo alzó la culata de una «Luger» por encima de su cabeza. Ted movió la mano derecha de lado y con el canto de ésta golpeó la parte anterior del cuello de su enemigo. Lo hizo instintivamente, empleando para defenderse un viejo golpe de los que sólo se utilizan en la guerra. Supo que había matado a su adversario por la forma como éste cayó al suelo. Fue una cosa flácida, blanda, que ni siquiera tenía fuerza para escupir sangre. El golpe le había roto la tráquea.

Aún quedaban dos más, uno de los cuales estaba a su espalda.

Ted se volvió con la velocidad del rayo y logró esquivar el golpe

del hombre, que iba armado con una barra de plomo. Ésta fue descargada sobre su espalda, produciéndole un vivísimo dolor, pero sin alcanzarle ningún punto vital. En cambio, el adversario fue levantado a peso por Ted y arrojado como un fardo contra el que aún seguía en pie.

Los dos rodaron sobre el fango.

Ted sintió entonces que vacilaban sus rodillas, porque aún no había tenido tiempo material para reponerse de los anteriores culatazos. Cuando respiraba, sintió como si mil agujas se clavaron en su cráneo.

Fue ése el momento en que uno de los caídos se levantó, atacándole por la espalda.

Ted Ramsay fue a volverse, pero esta vez resultó demasiado lento.

La culata se abatió dos veces, rabiosamente, sobre su cráneo.

Y esta vez ya no pudo resistirlo.

CAPÍTULO X

LOS ASESINOS

Cayó de rodillas, mientras todo daba vueltas en torno suyo. Quiso levantarse, pero ya no pudo. Estaba como un boxeador al borde del K. O., y él lo sabía. El tipo de la barra de plomo se incorporó y empezó a golpearle rabiosamente, hasta tener la sensación de que le había hundido las costillas.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! —gritaba en un horrible inglés.

Ted pensó que si no pasaba un coche por allí estaba perdido. Pero a aquella hora y con la lluvia eran pocos los que circulaban. Además, aquélla no debía ser la carretera general a Pau, a juzgar por lo estrecha.

Pero de pronto los faros de un automóvil se encendieron a poca distancia.

—¡Aprisa! ¡Aprisa!

Ted suspiró con desaliento al darse cuenta de que era un vehículo que sus enemigos tenían estacionado allí. Iban a llevárselo.

—¡Aprisa! —repitió el de la barra de plomo.

El coche, un viejo «Mercedes» 190, avanzó despacio con el típico sonido de su motor Diésl.

Ted fue cargado como un fardo en la parte posterior, sin que fuera capaz ya de ofrecer la menor resistencia. Cayó sobre la alfombrilla del suelo, y entonces se dio cuenta de que ponían algo muy pesado encima suyo. Advirtió que le habían arrojado un cadáver cuando notó que la sangre de éste resbalaba sobre su cuerpo.

Sintió una náusea y como un espasmo de horror.

Los tres hombres vivos subieron también, colocándose uno al volante y los otros dos detrás, con los pies sobre el cadáver. El

«Mercedes» arrancó. No hizo ningún viraje, de modo que seguramente fue en dirección a Pau.

El viaje duró escasamente quince minutos.

De pronto el coche tomó una cerrada curva y se introdujo por un camino de grava. Al detenerse, Ted fue sacado a empujones. Se había recuperado en parte, pero comprendió que ahora sería un suicidio luchar contra los tres hombres sin haber recobrado del todo las fuerzas. Además, a mayor distancia de la ciudad seguramente emplearían sus pistolas.

Vio que estaban en una casa gris, bastante vieja, con las ventanas cerradas y un letrero sobre la puerta. «A vendre».

La casa estaba para vender, y sin duda se hallaba vacía en aquellos momentos. Los asesinos iban a emplearla por una noche.

Ted fue empujado al interior con los cañones de las pistolas. Uno de los hombres se había adelantado a abrir la puerta con una ganzúa. No había ningún mueble en el interior, pero la luz funcionaba.

Uno de los hombres dio un puntapié a Ted y lo arrojó al suelo.

—*Sprecht Deutsch?* —preguntó secamente.

—Sí, hablo alemán —contestó Ted—. Y francés, y español, y otras muchas lenguas, entre ellas el ruso. A los agentes del Servicio Secreto se nos enseña, entre otras cosas, a hablar varios idiomas.

El tipo que le amenazaba era Schulte, el único que había logrado salir con vida de la «massacre» cerca de Foix. Los otros dos eran altos, rubios y con aspecto de matarifes o de cargadores de barriles de cerveza. Y los tres parpadearon al oír aquella increíble afirmación de Ted Ramsay.

—¿Agente del Servicio Secreto? —balbució Schulte—. ¿Del Servicio Secreto norteamericano?

—No. Del Servicio Secreto japonés, si te parece. ¿De qué crees que tengo pinta, imbécil?

Schulte le pegó un puntapié en las costillas y le dejó sin respiración.

—¿Qué has pretendido con esta confesión? —preguntó—. ¿Salvar tu vida? ¿No te das cuenta de que ahora sí que es seguro que vas a morir?

—Iba a morir de todos modos, porque eliminé a algunos de los

vuestros y sé que una de las leyes de los viejos SS es la venganza. Puestas las cosas en ese plan, prefiero que sepáis a quién vais a dar el tiro de gracia.

—Aquel maldito microbio a quién salvaste, ¿también era miembro del Servicio Secreto yanqui?

—«Quick» más que yo. Él está encargado de este trabajo, o al menos supongo que ha de estarlo puesto que se encuentra en Francia y ha empleado sus famosos lazos de seda. Yo, en cambio he intervenido en esto como un simple aficionado.

—¿Cómo un simple que...?

—¡Que he intervenido porque me ha dado la gana! —gritó Ted—. ¿Es que en vuestras cabezotas no entra que uno haga una cosa sólo porque le ha pasado por las narices?

Schulte le propinó otro puntapié rabiosamente.

Ted le llamó cerdo en cinco idiomas distintos. Schulte le volvió a golpear, hasta dejarle sin respiración.

—¿Qué buscas en este asunto? —preguntó luego.

—Busco a Andreiev, como vosotros.

—¿Para qué?

—Andreiev robó unos secretos militares que pertenecen exclusivamente a mi país.

—Pero se da la casualidad de que interesan al mío.

—Y a otros muchos. No sé qué va a ser de vosotros si os agarra «Quick», pero sé perfectamente quién es y cómo mata.

—¿Qué sabes del paradero de Andreiev?

—Nada.

—¿A quién ibas persiguiendo cuando te hemos cazado?

—Precisamente a uno que se parecía a Andreiev, pero ha conseguido darme esquinazo. Lo que no comprendo es cómo vosotros estabais allí, si no os habíais puesto de acuerdo con él.

—Una afortunada casualidad. Te hemos visto correr por la carretera de Pau mientras pasábamos en un automóvil, y hemos dado la vuelta. Pero dínos quién era el tipo al que perseguías y dónde está.

—No sé dónde está. Ya os he dicho que me ha dado esquinazo.

—Pero ¿estás seguro de que era Andreiev?

—O él o su fantasma.

—No te entiendo.

—Colette, su esposa, insiste en que Andreiev fue asesinado.

—Pero tú crees haberle visto.

—Y ella también.

Los ojos de Schulte brillaron aún más peligrosamente.

—¿Qué es esto? ¿Una burla?

—Si lo supiera te lo diría.

—¿Quién más está, por el momento, detrás de Andreiev?

—Probablemente los rusos, pero, por lo visto, aún no han dado con su pista. A lo mejor lo están buscando por el norte de Francia.

—Dinos todo lo que sepas de él.

Ted Ramsay lanzó una seca carcajada.

—¡Qué extraños sois! ¿Me invitáis a hablar así, sin más ni más? ¿No vais a ensayar conmigo vuestros infalibles métodos de tortura?

—Nosotros no torturamos a nadie por el gusto de hacerlo —dijo Schulte secamente—. Nuestro lema es la eficacia, y con tal de obtener buenos resultados no nos detenemos ante nada. Si hay que matar a cien hombres y mujeres, los matamos. Estamos dispuestos a matar incluso a los niños. Eso es lo que ha hecho que todo el mundo nos odie; nuestro nombre es pronunciado con asco incluso en muchos lugares de la propia Alemania. ¡Pero nosotros volveremos a ser poderosos! ¡Nosotros volveremos a levantar de sus cenizas la gran patria alemana que dominará al mundo!

—Lo único que quiere la gran patria alemana es que la dejéis en paz —dijo Ted con asco—. ¿No habéis ensuciado bastante el nombre de vuestro país? ¿No habéis ensuciado con vuestra asquerosa baba hasta el último rincón de Alemania? ¿Y aún queréis levantaros otra vez? ¡Lo único que merecéis, perros, es que un hombre como «Quick» os ejecute! ¡Pero que os ejecute lentamente!

Schulte alzó su pistola.

—Yo ya he estado condenado a muerte —dijo con voz ronca—. Primero me atraparon los rusos y vi cómo a muchos de mis compañeros les cortaban las orejas y se las hacían comer antes de fusilarlos. Yo tuve la suerte de quedar entero porque di con un grupo de rusos blancos en lugar de con un grupo de mongoles. Me enviaron a Siberia y logré escapar en la estación de Königsberg, la actual Kaliningrado. ¡Pude llegar hasta Brest en una barca de vela! ¿Increíble, no? Pero mi suerte duró poco, porque en Brest me atraparon los franceses y me condenaron al paredón. Cada mañana,

desde mi celda, tenía que ver cómo docenas de mis compañeros eran fusilados. Luego los guardianes me decían: «Mañana te toca a ti», y así siempre lo mismo. Pero la mañana en que efectivamente me correspondía ser pasado por las armas, llegó la orden de amnistía —Schulte pareció escupir las palabras—. ¡Imbéciles! ¡No se dieron cuenta de que dejaban con vida a un perro rabioso cuya única ansia era morder! ¡Y ahora estoy dispuesto a devolver golpe a golpe todo lo que recibí! ¡Tú vas a saberlo pronto!

Entrecerró uno de sus ojos para apretar el gatillo. Ted ya sabía que se encontraba ante un perro rabioso y no necesitaba que aquel tipo se lo dijese. Antes de que Schulte disparara, saltó.

La bala se clavó en el suelo a dos centímetros de su cuerpo.

Schulte sintió que le abrazaban por las rodillas y rodó por tierra en compañía del agente americano.

Los otros dos saltaron, armados de cuchillos, y durante unos segundos se formó en el suelo un confuso montón. Pero Ted sabía que sus enemigos terminarían luchando ordenadamente y que aquello no duraría mucho.

Intentó desesperadamente sujetar la pistola que había soltado Schulte, y cuando iba a sujetarla un pie le pateó rabiosamente tres veces la mano derecha. Ted hubo de retirarla con un gemido de dolor.

Los otros dos asesinos, los dos tipos con aspecto de carniceros, levantaron los puñales sobre su cabeza.

Ted supo que iba a morir y sonrió secamente, con desprecio.

Pero en aquel momento algo cambió en el ambiente de la habitación, algo misterioso e impalpable.

Simplemente se produjo una suave corriente de aire. La puerta que estaba tras ellos se había abierto.

CAPÍTULO XI

UN «COLT» DEL 38

Todos volvieron la cabeza de repente. Fue una reacción instintiva que ninguno pudo evitar.

Schulte lanzó un grito de sorpresa, pero mucho más tuvo que lanzarlo el propio Ted Ramsay.

Porque en el umbral de la puerta acababa de aparecer la mujer en la que menos podía confiar en aquellos instantes decisivos. Una mujer elegantemente vestida con traje chaqueta gris, zapatos de alto tacón, medias color antílope y blusa negra. Una mujer que apenas había cumplido los veintiún años, pero, sin embargo, empuñaba con extraña firmeza un «Colt» del 38.

Uno de los SS gritó:

—¡Perra...!

No llegó a decir más. Una bala del revólver, disparada sin un titubeo, le voló la cabeza.

Ted dio un puntapié al que tenía más próximo, enviándolo al centro de la habitación. Allí Selica Taylor le atravesó el corazón de un balazo. Schulte logró atrapar su pistola, pero no llegó a usarla.

Selica Taylor apretó, el gatillo por tercera vez.

En la frente de Schulte se marcó un tercer ojo y cayó hacia atrás lanzando un grito, mientras en su rostro quedaba impresa una última mueca de asombro y de horror.

Ted se puso en pie.

—Aún te quedan balas, Selica. ¿Por qué no me envías al infierno a mí también?

Ella contrajo los labios ligeramente, en una mueca de tristeza.

—Vamos. Hay que huir.

—¿Por qué me has salvado la vida?

—Creo que de todos modos te hubieras salvado tú mismo; no es fácil matarte. Pero ahora no hay tiempo para perder charlando. ¿Olvidas que este revólver no lleva silenciador? Han debido oírnos desde el otro lado de la ciudad.

Ted comprendió que la muchacha tenía razón.

—Vamos.

Salieron cara a la noche. Seguían cayendo las ráfagas implacables de lluvia y la oscuridad era casi completa, pero ahora las sombras les favorecían en su huida.

—¿Tienes automóvil?

—Os he seguido. En realidad, os he estado siguiendo desde que llegaste a Lourdes.

—¿Cómo has podido saber que estábamos aquí?

—Ha sido un trabajo espantoso. En esta ciudad hay cerca de seiscientos hoteles y pensiones. Pues bien, he llamado a casi ciento ochenta hasta dar contigo. Me han dicho que estabas descansando en tu habitación. Entonces he salido, me he apostado en una de las tiendas abiertas, frente al hotel, y he aguardado. Sabía que iba a suceder algo. Y, en efecto, te he visto salir.

Llegaron a un prado cercano a la carretera donde estaba estacionado un viejo «Simca Versátiles», sin duda de alquiler. No se veía a dos pasos. Selica subió a él, sentándose ante el volante, y abrió la otra portezuela.

—La policía saldrá de la ciudad. Nos alejaremos de ella en dirección a Pau por el momento. Y será mejor que durante unos minutos vayamos con los faros apagados.

—Como quieras.

Ted, junto a la muchacha, se sentía dominado por una idea fija.

—¿Dices que estuviste ante mi hotel desde poco antes de la medianoche?

—Sí.

—Entonces verías entrar y salir a un tipo con bastón.

—Sí, en efecto.

—No ha sido alucinación mía.

—¿Es que ya temes estar alucinado?

—Todo esto es... ¡Todo esto es tan inexplicable! Y lo más inexplicable es lo tuyo, Selica. ¿Cómo puedes andar con esa facilidad? ¿Hemos de creer en un nuevo milagro de Lourdes?

Ella hizo que el coche saliera suavemente del prado, enfilando la carretera, antes de responder.

—En Lourdes ha habido muchísimos milagros, pero yo no era merecedora de ninguno de ellos. Además, no lo necesitaba. Estaba perfectamente bien cuando vine aquí contigo. Lo de mi dolencia reumática era algo que ya pasó, algo que estaba cien veces curado.

—¡Selica!

—Más vale que lo sepas de una vez, Ted Ramsay. Te he estado engañando durante todo este tiempo. Te he engañado con una habilidad y una astucia que sólo una mujer sería capaz de emplear.

—Pero ¿por qué? ¡En el nombre del cielo! ¿Por qué?

—Porque te quiero.

La inesperada confesión dejó a Ted Ramsay sumido en un mar de confusiones. Durante unos minutos, mientras el coche rodaba silenciosamente por la carretera, no supo qué pensar. Sentía una emoción cálida, enervante, y al mismo tiempo una amargura infinita. La extraña confesión de Selica le llevaba otra vez a su pasado, un pasado que hubiera querido olvidar. Durante unos minutos cerró los ojos, llevándose la mano a la frente.

—Selica... —susurró—. ¿Por qué?

—Estaba enamorada ya de ti cuando mi hermana y tú os prometisteis. Yo estaba enamorada en realidad antes que ella, pero tú siempre me consideraste una chiquilla. Ni siquiera te fijaste en mí.

Hizo una leve pausa y añadió:

—El revólver que he empleado esta noche es todavía el de ella.

—Selica, aquello... está olvidado.

—¿Crees que alguna vez llegamos a olvidar del todo? Yo estoy segura de que a mi hermana tú no la querías, pero sí que la admirabas con todo tu corazón. Era el agente femenino más hábil, más valiente, que había en todo el Servicio de Contraespionaje. Hasta que cayó destrozada a balazos...

Tomó una cerrada curva encendiendo los faros sólo un instante. Luego, en vista de que Ted guardaba un obstinado silencio, prosiguió:

—Tú consideraste que debías haberla salvado. Consideraste que tu deber hubiera sido estar junto a ella, aunque las órdenes recibidas fueron distintas. Y aquella muerte te afectó demasiado,

Ted. La tomaste como el fracaso de tu vida entera, y empezaste a beber. Fue poco tiempo, pero fallaste un caso fácil. Entonces te «aconsejaron» un largo «descanso», y tú abriste el gimnasio. ¿Recuerdas que yo fui tu primera alumna?

—Sí... Y recuerdo lo que me dijiste; «No debes dejarte vencer. Todos los hombres fracasan alguna vez, pero sólo es hombre de verdad el que sabe levantarse de nuevo».

Ted tragó saliva, y ésta le supo amarga.

—Ahora estaba intentando levantarme —musitó—. Si tú pediste venir a Lourdes porque estabas segura de que yo ofrecería acompañarte, y así podría empezar algo entre nosotros. Yo, en cambio, pensé venir porque tal vez así podría encontrar a Andreiev. Sabía que estaba en esta zona, y pensé enseguida que debía empezar a investigar por la mujer que estaba casada con él. Ninguno de los encuentros con Colette ha sido casualidad. Yo me encargué, en todo caso, de que esas «casualidades» ocurrieran.

—¿Qué pretendes, Ted? ¿Qué intentas realmente?

—Demostrar que todavía sirvo. Demostrar a aquellos que no creyeron en mí que no soy un fracasado para toda la vida.

—Demostrar eso va a tener un precio, Ted: Tu piel. Ya te has dado cuenta de que esos hombres están decididos a todo.

—No es eso lo que me inquieta, Selica. Me inquieta más lo de Andreiev. ¿Dónde está? ¿Por qué estamos todos fracasando? ¿Es realmente su fantasma el que va en busca de Colette?

—Ted...

La voz de muchacha era casi ansiosa. El joven sintió que aminoraba la velocidad del coche y que volvía hacia él su rostro.

—Ted, no hablemos de eso... —suplicó—. Todos aquellos viejos asesinos de las SS han muerto. Tal vez lleguen más hombres, pero por el momento será mejor que no pienses en ello. Ahora no quedan más enemigos que los rusos, que afortunadamente aún no han aparecido y... y...

—Y el misterio del propio Andreiev —musitó él—. Alguien de quien ya no sé si es un hombre o un fantasma.

—Pero no pienses en ello, Ted. Piensa sólo en lo que te he dicho. Yo te quiero, Ted. Te quiero...

—Y por ello estás jugándote la vida. Sólo por eso te expones tú también a perder la piel. No vale la pena, muchacha.

En la voz del hombre palpitaba una amargura densa, una amargura que parecía corroerle.

—Deja esto y volvamos a los Estados Unidos —susurró ella ansiosamente—. Déjalo... ¿Qué te importa?

—Me importa saber si soy un fracasado. Selica. Quiero saber si aún soy de verdad un hombre que sabe luchar.

—El que muere fracasa del todo, Ted. Y tú vas a morir.

—No puedo volver atrás. Necesito saber quién es realmente Vasili Andreiev, y si está vivo o ha muerto ya. Esto es ya para mí como una pesadilla, muchacha. Es como un pantano que me ha engullido y necesito salir de él.

Ella sonrió tristemente, aunque Ted no pudo verlo gracias a la oscuridad del coche.

—Ya estamos llegando a Pau —dijo, mientras encendía los faros—. Hemos tenido mucha suerte al no encontrar ningún motorista de tráfico. Volveré a Lourdes por otra carretera.

CAPÍTULO XII

EL FANTASMA

Para mejor desorientar a la policía Selica Taylor decidió rodar todavía gran parte de la noche, y para ello tomó a partir de Pau la carretera que se dirige a Bayona.

Al llegar a un cruce importante imaginó que por allí debía estar situado algún motorista de tráfico. Intencionadamente apagó las luces largas, dejando solo encendidas las de situación. Y, en efecto, allí había un motorista, que la hizo detenerse inmediatamente.

—¿Cómo va casi sin luces por la carretera? ¿Es que sus faros no funcionan?

—Sí, pero... perdón, ha sido un descuido.

—Ese descuido le va a costar una buena multa. ¡Su permiso de conducir!

Selica exhibió su carnet internacional y se hizo extender un volante acreditativo de la multa, donde, como es lógico, se señalaban la hora y el lugar. Luego regresó a Lourdes.

—No es una mala coartada —sonrió Ted—, aunque te cueste un poco cara.

—Nos cueste un poco cara. Porque tú me pagarás la mitad.

—Estoy de acuerdo. Si nos detiene la policía enseñarás el volante y dirás, que aproximadamente a la hora del crimen veníamos de Bayona, ¿verdad? y que en la carretera nos pusieron esta multa. Como no tendrán motivos especiales para hacer comprobaciones, lograremos salir del paso. Pero si ya han dado nuestra descripción a causa de los muertos que han encontrado en Foix...

—No hay que mostrarse pesimista.

—No hay tío más optimista que yo —dijo Ted lúgubrementemente—.

¿No lo ves? Ja, ja, ja.

Su risa sonaba a cacerola hueca.

Como no pasaron por delante de la casa donde yacían Schulte y sus hombres, no tuvieron dificultades para llegar hasta Lourdes. Había bastante policía, sí, pero se dieron cuenta de que sólo detenían a los coches extranjeros, principalmente americanos. Eso hizo pensar a Ted que debían estar buscando a un yanqui que, sin duda, era él.

Encendió un cigarrillo, pero el tabaco le supo amargo.

—Optimista —dijo con voz ronca—. Je, je... Sobre todo, optimista.

Selica no quiso hacerle caso.

—¿A dónde vamos?

—Al hotel dónde está «Quick». Ya te indicaré.

Lograron aparcar un poco más abajo y entraron en el hotel. Eran las cinco de la mañana. El conserje de noche estaba dormitando, pero accedió a despertar «al distinguido señor Barness» cuando le dijeron que era un asunto urgente y le entregaron una propina de diez nuevos francos.

Barness le recibió con los ojos enrojecidos. Además de tener sueño, se adivinaba que el muy truhan había estado bebiendo.

—¡Oh, señor Ramsay! ¿A qué debo el honor...?

—Menos comedias, «Quick». La señorita ya sabe quién eres, y sabe para qué asunto trabajamos los dos. Tenemos que hablar. ¿Qué tal ese *whisky*?

—Hum...

Ted echó un trago.

—Hum... —Hizo también.

—¿Ocurre algo importante, Ramsay? Y a propósito, ya que podemos hablar... ¿Qué pintas tú en esto? ¿Por qué te has metido en mis asuntos?

—Quizá para salvarte la vida.

—Y yo te lo agradezco, porque de lo contrario ya estaría convertido en un fiambre. Pero las órdenes que recibí eran de que trabajaría solo.

—Lo sé. En este caso he intervenido por mi propia voluntad. Y seguiré interviniendo... si tú me lo consientes.

«Quick» pareció reflexionar. Su pequeño y amarillento rostro se

llenó de diminutas arrugas.

—Bueno... —susurró al fin—, no veo que haya gran inconveniente en ello. La verdad es que, por primera vez en mi vida, tengo miedo.

—Y yo siento algo que no sé definir. Tal vez sea lo mismo, o tal vez sea lo que uno siente cuando se enfrenta con algo incomprensible.

—Pero ¿ha sucedido algo importante?

—Un grupo de los que buscaban a Andreiev, es decir, los antiguos miembros de las SS, están ya muertos. Todos.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Esta noche, en una casa cerca de aquí. Yo he despachado a uno, y Selica a todos los demás.

—¿Selica?

«Quick» la contempló con esa admiración que suelen sentir los verdugos por los que conocen tan bien como ellos el oficio de matar.

—Infiernos —dijo—. ¿Qué pinta ella en esto?

—Me ha ayudado inesperadamente.

—Aquí nos ayudamos todos y todos vamos a ir a parar a la misma tumba. ¿Es que no os habéis dado cuenta?

—Veo que tú también estás optimista, «Quick» —dijo Ted—. Pero hay algo más importante.

—¿Qué?

—¿Dónde está Andreiev?

—¿Y crees que no me preocupa eso? he venido de los Estados Unidos solo para buscarlo.

Ted se sentó en el lecho pesadamente y cerró los ojos un momento, con cansancio y amargura.

—Si me dejas trabajar en esto te lo agradeceré siempre, «Quick» —musitó—. Quiero demostrar que aún sirvo para alguna cosa. Por supuesto, no tienes ninguna obligación de escucharme, pero quiero decirte algo que se me ha ocurrido.

—¿Qué es? Habla.

—Se trata de lo siguiente: Pienso que Andreiev se ha largado a Rusia con toda tranquilidad.

—¡Pero sí los rusos lo buscaban para dispararle un tiro en la nuca!

—Todas las traiciones se perdonan, cuando hace uno un servicio como el que les puede hacer Andreiev. Ha debido pensar que la seguridad y un buen puñado de rublos bien valían esa aventura.

—Pero entonces... ¿qué infiernos busca Colette?

—Colette no sabe nada.

—Y todas esas apariciones de encendedores y sombreros pertenecientes a Andreiev, ¿qué significan?

—Andreiev ha dejado a alguien aquí para que vaya haciendo llegar paulatinamente esas cosas a manos de Colette. Con eso pretende dar la sensación de que está muy cerca, cuando en realidad puede que a estas horas se encuentre paseando por la Plaza Roja.

«Quick» apretó los labios, y otra vez se formaron mil diminutas arrugas en su rostro.

—¿Sabes que podrías estar en lo cierto? —susurró al cabo de unos instantes.

—Es la única teoría que me parece razonable.

—Y en el supuesto de que sea cierta, ¿qué piensas hacer?

—Pienso sustituir a ese fantasma —dijo—. Pienso jugar yo el papel de Andreiev.

CAPÍTULO XIII

POR LA SENDA DEL MISTERIO

La mujer avanzó poco a poco entre las sombras. Lloviznaba ligeramente, y las hojas producían un rumor sordo al contacto con las gotas de lluvia. El musgo de que estaba cubierto el suelo crujía siniestramente a cada paso.

La sombra de la mujer se deslizaba lenta, pero firmemente en dirección a la casa.

La ventana seguía resonando a impulsos del viento, cada vez que hasta ella llegaba una ráfaga.

Tacatlac... Tacatlac... Tacatlac...

Aquella mujer era joven, elegante, pero tenía las facciones crispadas a causa de una especie de oculto terror. Por unos segundos los faros de un coche que tomaba una curva iluminaron su rostro.

Era Colette.

Colette, que se dirigía a la casa donde tenía que haber encontrado a Vasili Andreiev, su esposo, y donde no encontró más que una mancha de sangre.

Tacatlac... Tacatlac... Tacatlac...

Los batientes de la ventana se abrían y cerraban, dejando ver un pedazo de pared blanca. Como un relampagueo, los faros de los automóviles iluminaban a intervalos la casa. Colette no vio, sin embargo, la puerta hasta que estuvo a pocos metros de ella. La puerta era como una mancha oscura a la que el viento hacía crujir secamente.

Colette empujó la puerta.

Dentro de la casa el viento formó como un sonido ululante, largo, que parecía arrojado por una gorgona humana.

La mujer cerró.

Se detuvo, apoyándose en la hoja de madera, con las facciones cubiertas por gotas de sudor helado.

Por encima del repentino ulular del viento le había parecido oír el sonido de unos pasos. Los pasos de alguien que se apartaba bruscamente para no ser iluminado desde las ventanas.

Colette contuvo la respiración.

Por unos instantes en la casa no se oyó nada, excepto el repiquetear sobre el tejado de la lluvia, ahora más intensa.

Y de pronto los pasos otra vez...

Colette contuvo un grito.

Pegada a la pared fue avanzando lentamente, con todos los nervios en tensión. El sonido de los pasos no volvió a reproducirse, pero ella sabía ahora que alguien más estaba en la casa.

De pronto se desencadenó la tormenta, y un relámpago iluminó las habitaciones. Colette vio la gran mancha de sangre junto a la ventana. Se llevó la mano derecha a la boca para ahogar un grito.

Pero no fue por la sangre, cosa que ya sabía que iba a encontrar. Fue porque estuvo segura de haber visto detrás de unos cortinajes los zapatos negros de un hombre.

Intentó correr y salir de la casa, mientras un nuevo relámpago iluminaba su silueta.

El ruido de los pasos se reprodujo.

¡Ahora alguien corría tras ella!

Colette llegó a la puerta y la abrió, pero en ese momento oyó una respiración jadeante detrás de su misma nuca. Fue a gritar y una mano se aplastó contra su boca. Alguien tiró hacia atrás de ella.

Aquel alguien despedía un extraño olor a muerto.

Colette se revolvió, intentando zafarse de las garras de su enemigo. Cayó y dio dos vueltas por el suelo, mientras toda la casa parecía desmoronarse ante el retemblar del trueno. Sin darse cuenta puso una mano sobre uno de los zapatos del hombre que la había sujetado.

Ahora sí que el grito ni siquiera surgió de su garganta. Tenía los músculos tan tensos que ni siquiera podía respirar.

Poco a poco, sintiendo el nudo del miedo en su boca, fue alzando los ojos para alzarlos hasta el rostro del hombre de los zapatos negros.

Se dio cuenta entonces de que no era él quien olía a muerto, sino la casa entera. La casa que despedía un extraño olor a panteón, a tumba recién abierta.

Un grito de asombro partió de sus labios.

—¡Tú!

Ted la ayudó a levantarse.

—¿Quién creías que podía ser?

Ella no contestó aún. Estaba tan alterada que cada respiración le costaba un esfuerzo.

—¿Por qué has venido, Ted? ¿Cómo es posible?

—Si Andreiev está vivo, es necesario frecuentar los ambientes en que él se mueve. Convertirse en otro fantasma como él, si quieres que hable con toda claridad. Ésa ha sido mi idea.

—Piensas que para encontrar a un fantasma hay que ser otro fantasma, ¿no?

—Algo parecido. ¿Y tú? ¿Qué has venido a hacer aquí?

Colette suspiró fatigosamente, apoyándose en una de las paredes.

—Quería registrar esta casa por última vez... antes de salir de Francia. Este país se está convirtiendo en algo muy peligroso para mí. Ni siquiera sé cómo he podido llegar desde Lourdes hasta Foix sin caer en manos de la policía.

—Por lo visto tuvimos la misma idea. Cuando supuse que los gendarmes nos estarían buscando por todo Lourdes, comprendí que lo mejor sería levantar el vuelo y volver al sitio donde suponían no me atrevería a poner los pies. Es decir, decidí volver a Foix, el sitio más peligroso. Cuando fui a avisarte a tu habitación, tú ya no estabas.

—Fue una coincidencia que los dos pensáramos lo mismo.

Ted, al parecer completamente tranquilo, extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Colette. Luego encendió otro él. La luz de los relámpagos les alumbraba casi continuamente, y los truenos hacían temblar hasta los cimientos de la casa.

—Se ha puesto una noche horrible —comentó el—. ¡Vaya tiempesito para ir registrando la casa de un muerto!

—¿Tú crees, como yo, que Andreiev está muerto?

—Tal vez, pero últimamente ha dado la sensación de todo lo contrario. Por eso quiero registrar la casa.

—Y yo he venido a hacer lo mismo. Es mi última oportunidad. Mañana, si tengo suerte, saldré de Francia por la frontera alemana.

Por un momento los relámpagos cesaron. Sus rostros sólo fueron iluminados fugazmente por la brasa de sus propios cigarrillos. Ted susurró:

—No creo que encontremos nada, pero puede que nos convenga ese último registro. Vamos a hacerlo por separado. Tú la parte derecha de la casa, y yo la izquierda. Nos reuniremos aquí.

—Como quieras.

No obstante, vacilaba. Tardo en despegarse de Ted.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué hemos de ir separados? ¿Por qué no registrar la casa juntos?

—¿Tienes miedo?

—No sé...

La brasita en la punta del cigarrillo de Ted volvió a brillar fugazmente.

—Es una tontería —susurró—. La casa tiene sólo cuatro habitaciones. Bastaría que gritases para que yo estuviera enseguida a tu lado. Si vamos juntos nos distraeremos uno al otro.

—Lo comprendo, pero... En fin, puede que no sea miedo. No sé cómo explicártelo.

Y la mujer señaló hacia la ventana. Algo raro ocurría, sin que al principio supiera definirlo Ted. Luego se dio cuenta de lo que era.

Los relámpagos habían cesado, siendo sustituidos por una espesa niebla.

Aquella niebla llegaba hasta la ventana, parecía penetrar por ella y lo envolvía todo en una capa gris de muerte y de misterio.

—Es extraño —susurró Ted.

—¿El qué?

—Después de la lluvia no suele haber una niebla tan espesa. Da una sensación rara, casi irreal... Pero la niebla está fuera, no dentro. Vamos a trabajar. La casa tiene luz eléctrica, ¿verdad?

—Creo que sí.

Colette misma encontró un conmutador y lo hizo girar. Una luz cruda y desagradable inundó la habitación. La mancha de sangre se vio con la claridad del detalle realista de una película.

—Vamos —dijo Ted.

El empezó a registrar una de las partes de la casa. Se movía con una suave seguridad, igual que un gato en la noche. Colette, por su parte, fue hacia el lado opuesto del pequeño edificio. A su paso iba encendiendo las luces y quedando como clavada en las paredes, mientras sus oídos intentaban captar todos los rumores de la casa.

Pero nada parecía moverse allí. Nada.

Ted, mientras tanto, había salido al exterior por la ventana cuyos batientes se movían.

Una figura pequeña, encorvada, se despegó de entre la niebla.

—¿Quick?

—¿Qué hay, Ted?

—Nada de Andreiev. No acabo de comprender lo de esa mancha de sangre. He estado incluso palpando las paredes por si hay en ellas algún hueco, pero sin resultado. El cadáver de Andreiev, si es que está muerto, no se encuentra aquí.

—¿Y si no está muerto?

—Eso es lo que trato de averiguar. Quizá, si me muevo en su terreno, le haga perder los nervios. Pero por el momento no hay nada.

—Supongamos que está muerto —dijo rápidamente «Quick», en un susurro—. Supongamos que no es cierto que se haya largado a Rusia, como tú imaginabas. Su cadáver puede estar en cualquier sitio, pero... ¿y los planos? ¿Dónde están los planos que llevaría encima?

—Debían ser muy pequeños. Quizá un simple microfilm. Pueden estar ocultos también en cualquier sitio.

—¿Qué otra persona ha ido encendiendo las luces en la parte opuesta de la casa?

—Colette. Ella, por lo visto, también quiere gastar su último cartucho y busca el rastro de Andreiev antes de huir de Francia. Le he dicho que registrara por un lado mientras yo registro por otro.

—¿Estás loco?

—¿Loco? ¿Por qué?

—¿No comprendes que si Andreiev está vivo... la matará?

Colette, mientras tanto, había llegado a la última habitación de la casa. Había registrado los armarios y golpeado quedamente en las paredes por si en ellas había algún hueco. Por fin salió por una puertecilla lateral y se encontró ante la entrada del garaje.

Ella sabía que el garaje estaba vacío. Lo estaba ya cuando fue allí por primera vez.

Pero era lo único que le faltaba por registrar.

Poco a poco atravesó el umbral. La puerta estaba abierta. Dentro flotaba la niebla, dando a la oscuridad un tono gris, impenetrable.

Colette avanzó dos pasos.

Tres...

De pronto su pie derecho chocó con algo.

El guardabarros de un automóvil.

Con mano trémula, palpitante, recorrió la pared buscando el conmutador de la luz. Al hallarlo, lo hizo girar frenéticamente.

Una claridad difusa y lejana disipó apenas las sombras del garaje.

Dentro había un coche negro, un gran «De Soto» americano cuyo motor aún estaba caliente.

¡El coche de Vasili Andreiev!

Ahora sí que la garganta de Colette quedó como rota. Ahora sí que lanzó un grito que resonó en la casa entera.

CAPÍTULO XIV

EL ÚLTIMO TERROR

Ted se movió con toda la agilidad de sus poderosos músculos. Unos segundos apenas le bastaron para llegar junto al garaje.

En cuanto a «Quick», movió también con una velocidad que nadie hubiera esperado de su aspecto de microbio. Llegó al garaje casi en el mismo tiempo que Ted. Ambos vieron a Colette pegada a la pared, mirando el automóvil con ojos de obsesionada.

Pero nada se había movido allí. El coche era como tantos otros. Todo estaba quieto y en silencio.

—¿Qué ocurre?

—Ése... automóvil.

—¿Qué pasa con él?

—Era el de Andreiev.

—No estaba antes aquí, ¿verdad?

—No...

Ted puso una mano sobre el capó.

—El motor aún está caliente. Han debido entrarlo en el garaje poco antes de llegar nosotros. Veinte minutos tal vez.

—Pero... ¿quién ha podido entrarlo?

«Quick» susurró:

—El mismo Andreiev, no cabe duda.

Pasó delante con decisión, para abrir la portezuela.

—Aquí tiene que haber huellas, tiene que haber algo que nos saque de dudas —dijo—. Voy a llevármelo y dentro de una hora, pase lo que pase, estaré ante el Consulado norteamericano en Toulouse. Allí habrá técnicos. Lo haré examinar.

—Tú llevas este caso, «Quick» —dijo Ted—, pero me parece una decisión precipitada. Podemos examinarlo aquí.

—No disponemos de medios. En el garaje del Consulado habrá todo lo necesario. Vamos, salid al exterior y orientadme por si voy a tropezar con algo.

Ted se resignó.

—Cómo quieras...

«Quick» subió nerviosamente al coche, sentándose ante el volante y cerrando la portezuela.

No hubiera obrado con aquella decisión de saber que acababa de entrar en su propia tumba.

Ted dijo:

—Pon marcha atrás y sal sin precaución. No hay ningún obstáculo hasta llegar al sendero.

Se oyó el ruido del motor y luego el leve chasquido que produce una marcha al ser entrada nerviosamente.

Nada más.

—Vamos, «Quick»... ¿Qué esperas?

Una mano enguantada acababa de aparecer tras el respaldo del asiento de «Quick».

Éste no la vio.

Fue a soltar poco a poco el embrague para que el coche retrocediera.

La mano se movió ligeramente.

El estilete penetró hasta el fondo de la nuca de «Quick» matándolo en fracciones de segundo. El verdugo, el experto en lazos mortales, el que había hecho un arte de la profesión de matar, murió sin darse cuenta de lo que sucedía. El embrague fue soltado bruscamente y el coche se caló.

Ted, desde fuera, hizo un gesto de comprensión.

—Bueno, «Quick», no hay que ponerse nervioso. Eso de calarse el coche es de principiantes. ¿O tal vez el embrague va mal? ¿Quieres que te ayude?

Se dirigió hacia la ventanilla, y en aquel instante vio a «Quick» apoyado sobre el volante. De su nuca sobresalía el estilete.

Ted fue a lanzar una maldición, pero ni de eso tuvo tiempo.

Inmediatamente sonó la ráfaga.

Fue una cortina de balas despiadada y brutal que brotó de la parte posterior del coche. Ted tuvo el tiempo justo para lanzarse a

tierra, mientras las balas le arrancaban materialmente varios cabellos. Instantáneamente la derecha voló hasta el cinturón, donde llevaba remetido un calibre .38 prestado por Selica Taylor.

Saltó bajo la carrocería mientras la ráfaga volvía a sonar. El tipo del interior había eliminado a «Quick» silenciosamente: pero ahora ya no le importaba el ruido. Usaba una «Thompson».

Ted pensó en la mujer. Gritó:

—¡Cúbrete! ¡Colette!

Pero quedó paralizado, cuando la misma Colette, con una fría sonrisa, le envió una bala apenas desde tres metros de distancia.

CAPÍTULO XV

SANGRIENTA VERDAD

La bala le alcanzó en una cadera, produciéndole una angustiosa crispación de dolor. Pero ese dolor no fue nada comparado con el asombro que dejó lívidas las facciones de Ted.

—¡Tú!

No llegó a pronunciar una palabra más. Vio una fría decisión de matar en los ojos de la mujer y dio dos vueltas sobre sí mismo, introduciéndose bajo la carrocería. La segunda bala de Colette solamente le rozó una pierna. Pero ése no era el único peligro para Ted.

El tipo de la metralleta se disponía a bajar. Tenía que tomar la iniciativa o estaba perdido.

Se dijo, tomando la decisión en fracciones de segundo, que la chapa de los bajos del coche no sería obstáculo para las balas, e hizo fuego contra ella vaciando el cargador de su «38». Los proyectiles atravesaron en efecto, la delgada chapa de metal, y excepto uno que se perdió en el cárter, todos los demás entraron aullando en el coche, brotando del suelo de éste. El hombre de la metralleta, que iba a descender, sintió que dos de los proyectiles entraban en su vientre y cayó aullando, abriendo la portezuela con el peso de su cuerpo. Ted, bajo el coche, casi tropezó con la cabeza del hombre, que quedó en posición invertida. Vio la sangre correr por su boca como un chorro macabro. Intentó extender la mano para apoderarse de la metralleta y una bala disparada por Colette le arrancó piel y sangre de la palma.

—Tú vas a morir también... —dijo Colette masticando las palabras—, tú vas a acabar como todos, maldito entrometido... Sal de ahí si no quieres morir como un perro...

Ted no quería morir escondido, y menos ante una mujer: Prefirió cien veces dar la cara, aunque aquello equivaliera a un suicidio. Arrastrándose sobre los codos, salió de debajo del coche. A cada movimiento parecía como si en la herida de la cadera le clavasen un hierro al rojo.

—Yo maté a Andreiev... —dijo Colette roncamente—. Yo me casé con él porque supe que un día u otro haría con ello mi fortuna. Cuando supe que tenía un secreto que valía millones le dije que debía darme una buena participación y se negó. Es más, pareció asombrarse. Entonces lo maté en esta misma casa y huí de aquí, volviendo una semana más tarde con la intención de «descubrir» el cadáver después de haber dado con los documentos, que no pude hallar en el primer instante. ¿Por qué me miras con esos ojos, Ted, maravilloso gusano? ¿Tanto te sorprende?

—Me maravilla tanta sangre fría y tanta crueldad. Tanta crueldad inútil.

—¿Por qué inútil?

—Porque no has hallado esos documentos ni los hallarás nunca.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

Ted no contestó. Tenía los labios apretados y formando una mueca. Comprendía que había que ganar tiempo como fuese, pero al mismo tiempo los minutos iban en contra suya porque estaba perdiendo mucha sangre.

—Ya veremos eso... —musitó Colette—. Ya veremos por qué no voy a encontrarlos... —Su voz era cortante, fría como la hoja de un cuchillo—. Pero seguramente te preguntarás por qué cambié de opinión, ¿no es así? Pues fue porque te encontré a ti en el tren y comprendí que nuestro encuentro no había sido casual. No lo ha sido ninguno de los que hemos tenido, amigo mío. Supe que tú también buscabas los documentos y pensé que me convenía estar cerca de ti por si los encontrabas antes que yo. Por eso, valiéndome de un cómplice, empecé a enviarme a mí misma algunos objetos que habían pertenecido a Andreiev. Supe que de este modo aparecería como inocente a tus ojos, como una especie de aterrorizada víctima a la que no se podía dejar sola. Con ello yo podía vigilar tus progresos y tú me defendías de los agentes alemanes que me hubieran matado caso de hallarme sola, como mataron a Lorna, una amiga de Vasili. Ése cómplice hizo también la

comedia de visitarte a ti en el hotel, caminando con un bastón como Vasili Andreiev.

—Pero... ¿y cadáver? De haber estado aquí habríamos dado con él.

—El cadáver estaba en el lugar más insospechado del mundo. Lo metí en el portaequipajes de este coche, envuelto en una gruesa capa de plástico para que no oliese, y envié el automóvil, con el portaequipajes cerrado a un taller de reparaciones. Pensaba que lo tuvieran ahí bastantes días, pero esta noche un mecánico ha debido devolverlo. Por eso he tenido un sobresalto al verlo aquí, y en el primer instante me ha parecido como sí, en efecto, Andreiev estuviese vivo.

Hizo una leve pausa y continuó:

—Pero el que se había ocultado en el interior era mi cómplice, quien para desgracia suya ha perdido los nervios al ver a «Quick». A mí me erais más útiles vivos que muertos; pero ahora la cosa ya no tiene remedio. Y he de aligerar porque los gendarmes pueden llegar de un momento a otro...

—Aprieta el gatillo, Colette. ¿Qué importa ya? Pero nunca encontrarás los documentos que robó Andreiev.

—¿Y por qué no? Todo consiste en registrar bien la casa. Tienen que estar aquí.

—Y están.

—¿Cómo?...

—¡Andreiev fue más listo que tú, imbécil! —gritó Ted—. ¡Al comprender que corría peligro de muerte, se los comió! ¡Tú has dejado que se pudrieran con su cadáver dentro del portaequipajes de ese coche! ¡Has estado obsesionada por nada! ¡Absolutamente por nada!

Fue a moverse, pero Colette, ciega de rabia, levantó el arma para tirar a la cabeza esta vez.

Ted sonrió burlonamente ante la muerte.

—De todos modos —susurró— más vale que te dé el paseo una mujer bonita.

Sonó un disparo.

Otro.

Otro...

Ted vio con asombro que la cabeza de Colette sufría una

sacudida, que su frente se teñía de sangre, que su mano derecha dejaba caer el arma a tierra. Vio, mudo de horror, que se desplomaba a sus pies convertida en una estatua yerta.

Sus ojos atónitos se alzaron entonces y miraron más allá.

Miraron detrás de la niebla.

Una figura suave, elástica, dulce, que caminaba ágilmente, brotó de la oscuridad. En sus manos empuñaba un revólver todavía humeante.

—Vamos —dijo Selica Taylor—. No pierdas un segundo... Tenemos que llegar hasta cerca de Aix les Thermes a través del bosque. Me he puesto en contacto con la Embajada y un helicóptero tripulado por un miembro del Servicio Secreto nos espera allí para trasladarnos a un portaaviones anclado cerca de Marsella. ¿Necesitas ayuda, Ted?

Ted avanzó arrastrando una pierna.

—¿Te parece poca la ayuda que me has prestado? ¡Diablos! ¡Y yo que te traje a Francia para que un milagro te hiciera andar como las otras mujeres!

Se apoyó en Selica y los dos se perdieron en el bosque, mientras a lo lejos resonaba aún muy difusa, la primera sirena de un coche policía.

Pero a ellos ya no los encontrarían porque estaban ya detrás de lo mismo que envolvió el misterio de Vasili Andreiev.

Detrás de la niebla.

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

Miky Roberts

Caribe sangriento



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

**COLECCION
CIRCULO ROJO**



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

 **COLECCION
CIRCULO BLANCO**



La aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA
por Norbert Castaret

INVESTIGADOR SUBMARINO
por Lloyd Bridges
"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD
por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE
por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL
por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. E.

EDITORIAL BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

344 — Isabel Saluena

DIFICIL SELECCION

COLEC. "MADREPERLA"

740 — Carlos de Santander

EL Y LAS MUJERES

COLECCION "ROSAURA"

684 — Corín Tellado

SIN COMPROMISO

COLECCION "AMAPOLA"

571 — Amparo Lara

UN CLAVEL ROJO

COLECCION ALONDRA"

505 — Jesús Navarro

LO TRAJO EL MAR

COLECCION "CAMELIA"

446 — Mary Loren

ESPOSA DE UNIFORME

COLECCION "CORAL"

133 — Corín Tellado

CASADOS POR AMBICION

COLECCION "CORAL"

124 — Corín Tellado

UNA CHICA LOCA

COLECCION "CORAL"

240 — Corín Tellado

MAG SE HA ENAMORADO

COLECCION "BISONTE"

785 — John Lack

LOS AMIGOS PELIGROSOS

Col. "SERVICIO SECRETO"

649 — Keith Luger

UN VESTIDO LLENO

DE SANGRE

COLECCION "BUFALO"

482 — M. Lafuente Estefanía

DOBLE ATRACO

COLECCION "TEXAS"

350 — M. Lafuente Estefanía

EL VENTAJISTA

DE SAN FRANCISCO

COLECCION "CALIFORNIA"

329 — A. Rolcest

OPCION A LA MUERTE

COLECCION "COLORADO"

274 — Fidel Prado

FANFARRONES

PELIGROSOS

COLECCION "KANSAS"

240 — M. Lafuente Estefanía

JURAMENTO SOBRE

UNA TUMBA

Col. "HEROES DEL OESTE"

222 — M. Lafuente Estefanía

FRONTERA SANGRIENTA

COL. "ASES DEL OESTE"

192 — Orland Garr

AVENTURA EN LOS

ALAMOS

COLEC. "BRAVO OESTE"

104 — M. Lafuente Estefanía

UNA CUERDA ESPECIAL

COLEC. "PUNTO ROJO"

38 — Silver Kane

DETRAS DE LA NIEBLA

Col. "SELECCIONES S. S."

16 — Mark Halloran

CON LA VIDA MARCADA

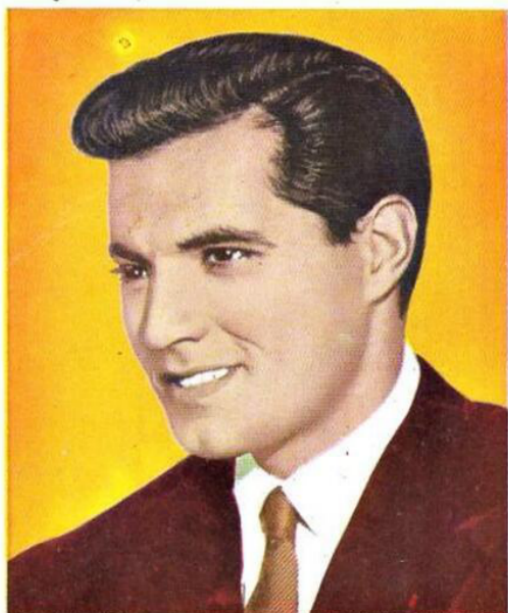
Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.



N.º 1598

John Gavin

Actor hispano-francés que se ha impuesto rápidamente en América. Nació un día 8 de abril en Los Angeles (California). Sus películas más sobresalientes son: "Tiempo de amar, tiempo de morir", "Imitación a la vida", "Sicosis" y "Espartaco".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. ★ Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Llamados así porque en Argelia, hace muchos años, eran los europeos los únicos que usaban calzado. < <